
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL COLLAR DE FUEGO
CLARK CARRADOS

«La heroína chillaba y se debatía, mientras, a su alrededor, los salvajes bailaban una bárbara danza, al compás de unos enormes tam-tams
y mientras gritaban una extraña y poco armónica salmodia».



Clark Carrados

El collar de fuego

Bolsilibros: Selección Terror - 144

ePub r1.0

xico_weno 03.09.16

Título original: *El collar de fuego*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Para Larry Bray, el decorado era pura trampa. Claro que, ¿cómo se podía siquiera pretender crear la ilusión de un trozo de la selva africana en pleno Hollywood? Pero si la decoración era falsa, la historia todavía lo era más. Solamente porque estaba en el *plateau* mientras se rodaba y se había dado ya la orden de silencio, Bray no rompió a reír en estentóreas carcajadas.

Alumbrados por los focos, con los micrófonos de ambiente repartidos en numerosos puntos, las cámaras tomando vistas desde varios ángulos, los salvajes de piel de ébano danzaban en torno a su prisionera blanca, atada al poste de la tortura que se había situado en lo alto de un montón de fingidas rocas. Naturalmente, la heroína tenía muy poca ropa encima, como tenía que ser.

La heroína chillaba y se debatía, mientras, a su alrededor, los salvajes bailaban una bárbara danza, al compás de unos enormes *tam-tams* y mientras gritaban una extraña y poco armónica salmodia.

Era evidente que el compositor de la música no tenía ni idea de lo que era la música africana, pero ¿qué le importaría eso al vulgar y adocenado público que presenciara la película? La daría como música auténtica y…

De repente, los tambores de sacrificio cesaron y los supuestos salvajes cesaron en su danza. Una mujer apareció en la escena.

Bray la contempló sumamente intrigado. Era altísima, de una gran esbeltez y también de piel oscura, aunque no absolutamente negra. Vestía una especie de bikini fantástico de piel de leopardo y sobre su opulento pecho, escasamente velado, descansaba un amplio collar que quería imitar una joya elaborada por un bárbaro orfebre.

Los salvajes se postraban a su paso. Había una especie de

escalones tallados en la «roca» y la que parecía reina de la tribu ascendió lentamente nada el poste del sacrificio, donde la prisionera blanca y rubia se debatía, chillando agudamente para llamar la atención del héroe.

La reina de la tribu llegó junto al poste y alzó el ritual cuchillo del sacrificio. Cuando ya iba a descargar el golpe, se oyó un estampido y la mujer cayó rodando por la escalera de piedra. Mas disparos ahuyentaron a los bárbaros y entonces, el héroe, acompañado por algunos negros «buenos», apareció en escena, tirando dramáticamente el rifle a uno de sus acompañantes, quien lo atrapó al vuelo, para llegar en dos saltos junto a la heroína y cortar con su cuchillo las ligaduras que la sujetaban al poste. Ella se desmayó entonces, toda blanca y rubia, y él la cogió en brazos con sonrisa de triunfo, mientras la cámara tomaba la escena. Entonces se oyó la voz del director:

—¡Corten! ¡Perfecto, Gene Faid! ¡Ha sido una toma fantástica!

La heroína se puso en pie, lo mismo que los «muertos». Bray meneó la cabeza. Y todavía habría gente que creería en la realidad de aquella absurda historia.

La artista que había desempeñado el papel de reina salvaje pasó por su lado y le miró un instante. Bray parpadeó. Tenía que ser una blanca pintada, y maquillada e incluso con el pelo teñido, ya que nunca había visto a una mujer de color con los ojos verdosos. Ella le dirigió una penetrante mirada y a Bray le pareció que aquellas pupilas traspasaban su mente.

Pero, en aquel momento, sintió una palmada en su hombro y se volvió.

—¿Qué te ha parecido, Larry? —preguntó alguien.

Bray se volvió. El productor del filme, Jock Clarence, estaba a su lado, grueso, con lentes de medio centímetro de espesor, camisa estampada y barbita en punta.

—Está bien, Jock —contestó Bray. Y, para contentar a su amigo, añadió—: Muy bien, estupendamente, te lo aseguro.

Clarence hizo una mueca.

—No te creo, pero gracias —contestó—. De todos modos, los borregos tragarán todo lo que les echen. Gene Faid tiene un gran «gancho» entre el público y eso rae hará vender bien la película. Anda, ven a mi despacho y tomaremos un trago.

Un oficioso secretario trajo unos papeles, que Clarence miró sin firmar apenas. Mientras caminaban a través de aquella barahúnda de cables, focos, proyectores y objetos del decorado, Clarence dijo:

—Las vistas que me has traído resultarán muy útiles para los fondos y los efectos especiales de la película. Nos ahorrarás unos cientos de miles, créeme; trasladar hoy día toda una *troupe* a África es la ruina… ¿Vuelves pronto a
S'Habi,
Larry?

Bray se encogió de hombros.

—Por ahora —contestó—, prefiero tomarme unas vacaciones. Has sido muy generoso conmigo, Jock, aparte de que tengo en estudio una proposición para una expedición que, de llevarse a cabo, tardaría todavía algunos meses en estar lista.

—Comprendo. Bueno, si vas con esa expedición, no te olvides de tomar algunas panorámicas para mi archivo. Ya sabes que me gusta ser generoso con quienes se portan bien conmigo.

—Por la experiencia que tengo, más bien se diría que te gusta ser derrochador —rió Bray.

Clarence volvió a palmearle el hombro.

—Cientos de miles de dólares y una úlcera de estómago, eso es todo lo que me has ahorrado —insistió—. Te aseguro que ser productor hoy día es tener ganas de buscarse el infarto o, por lo menos, la úlcera…

De repente, se oyeron unos agudos gritos, entremezclados con unos cuantos juramentos de la peor especie:

—¡Sucia negra! ¡Sucia y asquerosa perra de carbón! Pero ¿quién te has creído que eres, maldita zorra?

Había una *roulotte* cercana, cuya puerta estaba abierta. De pronto, la joven que había desempeñado el papel de reina salvaje, saltó al exterior. Un hombre apareció en la puerta, con el rostro congestionado, mientras blandía el puño coléricamente.

—¡Vete, asquerosa y hedionda bestia negra! Tan sólo con tu presencia contaminas la atmósfera de este lugar… ¡Vete, perra negra!

Bray y Clarence, se detuvieron, atónitos. El segundo meneó la cabeza con gesto de desagrado.

—Condenado Gene Faid —masculló entre dientes—. Siempre tan

vanidoso, tan pagado de su apostura varonil… Si no fuese porque es un «astro» tan taquillero, te aseguro que le pegaría una patada y no se podría sentar en dos meses…

Bray comprendió fácilmente el sentido de aquellas palabras. La artista se hallaba frente a la *roulotte*, sujetándose con una mano el tirante izquierdo de su peto de piel. Ya no llevaba el collar, que, sin duda, habría devuelto al *atrezzo*.

De pronto, Bray vio que el cuerpo de la joven temblaba violentamente, mientras el chorro de palabrotas continuaba fluyendo con increíble brutalidad por la boca del «astro». Inesperadamente, ella avanzó hacia Faid.

El «astro» se quedó perplejo. La artista llegó a su altura, alargó los brazos y le puso las manos sobre ambas mejillas. Faid, pasmado de asombro, no se atrevió siquiera a intervenir.

Todos los que contemplaban la escena se quedaron inmóviles. Al cabo de unos segundos, la artista retiró las manos, dio media vuelta y se marchó.

Faid sacudió la cabeza, como liberado de un sueño hipnótico. Miró a su alrededor y sonrió estúpidamente.

—Hola, Jock —exclamó con jovial acento—. ¿Tomamos un trago?

Clarence apretó los labios.

—Será mejor que te prepares para la siguiente escena. Tenemos que trabajar, recuérdalo —contestó secamente.

—Sí, desde luego, lo que tú digas…

La tensión desapareció. Clarence tiró de su amigo.

—Anda, vamos, tengo la boca seca —dijo, evidentemente malhumorado—. Tratar con ese idiota de Faid es como tratar con un mulo drogado; nunca puedes imaginarte lo que puede hacer, salvo que pienses en lo peor. Y acertarás, te lo aseguro.

Bray se echó a reír al escuchar las pesimistas palabras de su amigo. Momentos después, entraban en el despacho. Fuera se oían las voces del director, los técnicos y demás operarios, quienes se disponían a prepararlo todo para la toma de la siguiente escena.

* * *

Dos noches más tarde, cuando estaba a punto de llegar a su casa, Larry Bray fue testigo de una singular escena.

Había un grupo de tres o cuatro individuos, bailando una extraña danza en torno a una joven de color, quien permanecía quieta, erguida, mientras los sujetos saltaban en torno a ella. Los hombres parecían borrachos, pero ello no les impedía lanzar atroces insultos dedicados al color de la joven y a su ascendencia africana.

—¡Baila, perra negra, baila! ¡Muévete, asquerosa zorra…!

Bray no se pudo contener y se arrojó sobre los provocadores. Hubo un remolino de brazos y piernas. Se oyó un grito cuando alguien recibió en la ingle el impacto de un pie disparado con tremenda potencia. Crujió una mandíbula y su dueño se desplomó sin sentido. Uno echó a correr disparado, temeroso de aquel ciclón humano que se había desencadenado tan inesperadamente.

El cuarto sacó una navaja de resorte. Sus ojos brillaban demencialmente a la vez que profería terribles barbaridades. Bray saltó sobre él, agarró el brazo armado y lo retorció sin piedad. Luego hizo girar al sujeto en redondo y lo despidió de un tremendo puntapié que lo hizo estrellarse contra un coche estacionado junto a la acera. El borracho rebotó y cayó al suelo, quejándose sordamente.

—No sé cómo darle las gracias, caballero… —dijo la joven de color.

Todavía jadeante, Bray se volvió hacia ella, con la sonrisa en los labios, a la vez que procuraba arreglarse un poco la chaqueta.

—Olvídelo, señora —contestó—. Vi lo que le hacían esos salvajes y me indigné, eso es todo.

Ella sonreía de un modo extraño.

—Me gustaría expresarle mi gratitud con algo más que palabras —manifestó—. ¿Tiene inconveniente en tomar una copa con una negra?

—Ninguno —contestó él. De pronto, reparó en un detalle—. Oiga, usted es…, es…

Ella sonrió suavemente. Había la suficiente luz en la calle para que Bray pudiese apreciar plenamente todos los detalles de su rostro y su cuerpo.

—Le vi en el *plateau*, señor Bray —dijo—. Yo soy la artista que desempeñaba el papel de reina y sacerdotisa de aquella tribu de supuestos salvajes y que muere en el momento en que se va a consumar el sacrificio humano.

—Me siento desconcertado. Usted es… bueno, de color; pero yo llegué a pensar que se trataba de una artista maquillada convenientemente…

De pronto, se oyeron unos gruñidos. Ella asió el brazo de Bray.

—Será mejor que vayamos a mi casa —insistió—. Está a pocos pasos de distancia.

—Sí, claro… Oiga, todavía no sé su nombre…

—Kheffis, simplemente. Y le prohíbo que use ningún tratamiento. Llámame Kheffis, nada más, Larry.

A Bray le parecía estar en el centro de un sueño, nada desagradable, por cierto. Minutos después, se hallaba sentado en un diván, situado en una confortable salita, mientras Kheffis preparaba una copa.

Contempló a la joven críticamente. Aún era más alta de lo que había creído. Kheffis vestía ahora un sencillo traje de color amarillo vivo, con grecas negras, tirantes muy delgados y falda cortísima, muy ajustado a su espléndida figura. Pero lo que más le extrañaba eran los ojos, tan claros y tan extraños en un rostro que casi parecía de ébano y que, sin embargo, poseía una asombrosa regularidad de facciones.

Ella se sentó sonriendo a su lado y le entregó una copa.

—Estabas en el estudio cuando Faid me insultó —dijo.

—Sí, escuché unas palabrotas aleo fuertes —convino él—. Aunque no tengo ninguna relación con Faid, ni siquiera he hablado jamás con él, me disculpo en su nombre.

—Eres muy amable, Larry. La verdad es que, a veces, yo resulto un poco ingenua. Faid me llamó a su *roulotte* para discutir, eso supuse yo, una escena de la película. La realidad es que pretendía otra cosa, muy distinta. Como le rechacé, se puso hecho una fiera.

—Vaya un tipo —gruñó Bray—. Allí, en pleno estudio…

Kheffis lanzó una risita maliciosa.

—No hubiera sido la primera —manifestó—. Más de una chica ambiciosa ha visitado el camerino de Faid, si quería progresar. Puedes imaginarte fácilmente cuál ha sido el precio de su «progreso» artístico.

—Sí, me lo imagino. Lo siento terriblemente, Kheffis y también siento lo que te hicieron esos borrachos…

—No eran borrachos, sino «extras» de cine, pagados por Faid.

Reconocí a un par de ellos. Faid es un tipo lleno de vanidad y terriblemente ruin, y no pudo soportar lo que él consideraba como una derrota.

—La próxima vez que le vea, tendrá que ir al cirujano plástico a que le implante una nariz nueva, te lo aseguro.

—No hará falta —rió Kheffis—. Pero, dime, ¿qué hacías tú en el estudio?

—Soy muy amigo del productor. Volví recientemente de África y le traje numerosas vistas, que él aprovechará luego para los fondos de escenas y también para efectos especiales.

—Ah, has estado en África.

—Sí, en
S'Habi…

—
¡S'Habi!
—exclamó Kheffis.

—¿Conoces esa comarca? —se sorprendió él.

Kheffis sonrió maliciosamente.

—Un poco —contestó—. ¿Eres cazador profesional?

—Hubo una temporada que sí lo era. Luego la cosa se puso mal y empecé con los negocios; ya sabes, representaciones comerciales y demás. Mi conocimiento de los idiomas nativos me sirvió de mucho.

—Es lógico —convino ella—. ¿Volverás pronto a África?

—No lo sé aún. Me han hablado de una expedición arqueológica, para dirigirla en el sentido técnico, pero aún habrán de pasar algunos meses y todavía no sé si me convendrá la propuesta. En todo caso, no tengo prisa.

—No quisiera halagar tu vanidad, pero eres de los pocos hombres blancos cuya presencia en África resulta beneficiosa.

—Mil gracias, Kheffis. —Bray apuró su copa—. Y ahora, si me lo permites…

Se puso en pie. Ella se levantó también.

—¿Te vas? —preguntó.

Bray la contempló fijamente durante unos segundos. ¡Qué distinta resultaba ahora aquella hermosa joven, de como la había visto bárbaramente ataviada, con unas vestiduras absurdamente convencionales! Pero no por ello parecía menos bella.

Y los ojos, ¿por qué eran verdes? ¿Por qué tenía una nariz casi

griega?

De pronto, Kheffis avanzó hacia él.

—¿Tienes prisa? —susurró con voz cálidamente aterciopelada.

—NI… ninguna…

—Entonces, quédate…

Los brazos de Kheffis se enroscaron en tomo a su cuello. Bray contempló sus pupilas a cortísima distancia. Ahora eran todavía más verdes. ¿O se trataba de mera sugestión?

Pero no importaba; el cuerpo que tenía en sus brazos era cálido, palpitante de vida… Era el de una diosa que se rendía a su conquistador.

CAPÍTULO II

El teléfono sonó bruscamente, despertando a Bray en el mejor de los sueños. Alargó el brazo y descolgó el aparato.

—¡Larry! —Sonó la voz de Clarence, con tonos casi histéricos—. Ven, rápido, te necesito con urgencia…

—¿Qué diablos ocurre? ¿Te han atracado? —Respingó Bray, alarmado por las palabras de su amigo.

—¡Ojalá se tratase de un atraco! —Gimió el productor—. Anda, vístete, pronto; mi chófer va a buscarte ya. Él te llevará al lugar donde me encuentro ahora.

La comunicación se cortó. Bray saltó de la cama y se fue a la ducha, sumamente preocupado por el acento de temor que había captado en la voz efe Clarence.

Media hora más tarde, se hallaba en una lujosa residencia, en una de cuyas salas había un hombre sentado en un sillón. El individuo aparecía terriblemente pálido y en su rostro había indudables signos de demacración. Tenía las manos apoyadas en los brazos del sillón, lo que permitió a Bray ver las venas, a través de una piel casi transparente.

Con enorme asombro, reconoció a Gene Faid. Junto al «astro», había un médico que le tomaba el pulso en aquel momento.

—Jock, ¿qué diablos sucede? —preguntó Bray, muy desconcertado.

—Eso es lo que yo querría saber —sollozó Clarence—. Faid lleva ya una semana así, inmóvil, sin hablar, sin moverse, sin respirar apenas… Los médicos dicen que si no reacciona, morirá… Ni siquiera come, pero eso no es lo peor todavía.

—Bueno, pero ¿por qué se halla en semejante estado? Y, sobre todo, ¿qué tengo yo que ver con ello?

Clarence se llevó aparte a su amigo, mientras el módico

preparaba una inyección.

—Larry, hay quien dice que Faid está embrujado —murmuró.

Bray respingó.

—Oh, no, Jock, tú no irás a creer en semejantes historias…

—Pues si no creo en eso, ¿en qué diablos voy a creer? ¿No recuerdas el incidente que tuvo con aquella joven de color?

Los ojos de Bray se entornaron. Ya no había vuelto a ver más ni a saber otras noticias de Kheffis, pero jamás olvidaría las horas pasadas junto a la joven.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —contestó.

—Bueno, he hablado con uno de los «extras»… Es un africano auténtico, que está aquí por… ¿Qué diablos importa por lo que esté? —barbotó Clarence malhumoradamente—. El caso es que dice que aquella artista embrujó a Faid y que éste morirá, porque ella le ha prohibido hablar y comer… Oh, cielos, ¿qué haré yo sin mi «astro» favorito? Es un hijo de perra, ya lo sé; pero cada película suya es dinero en el Banco…

—Brujería —murmuró Bray pensativamente.

—Sí, magia negra. Oye, Larry, tú has estado en África, conoces las costumbres…, quizá puedas hacer algo por Faid… Con sinceridad, si no fuese un tipo que parece atraer el dinero, me alegraría de que reviente… ¿No me dices nada, Larry?

Bray meneó la cabeza.

—Lo siento, Jock —respondió—. Personalmente, te diré que no creo en la brujería, aunque sí en muchas supersticiones de africanos, especialmente en las zonas en que han tenido poco o ningún contacto con el hombre blanco. Lo que le sucede a tu «astro» es cuestión de la medicina, simplemente. ¿Crees que no me gustaría ayudarte, si pudiera? ¿O es que has llegado a pensar que yo tengo poderes mágicos, simplemente porque he permanecido algunos años en África?

Clarence se puso una mano en la frente.

—Ya no sé ni qué pensar…

El médico se acercó a la pareja.

—Por hoy, es todo lo que puedo hacer —declaró—. Haga que lo vigilen constantemente, por si recobrase el conocimiento. En tal caso, que le den alimentos muy sencillos; un poco de caldo ligero y algo de jugo de fruta, incluso un vasito de leche descremada.

Avíseme si se produjera esa vuelta a la normalidad, señor Clarence.

—Sí, doctor, sí…

El galeno se marchó. Los dos amigos quedaron a solas nuevamente con el paciente, cuya actitud estupidizada no había cambiado en absoluto.

Bray se acercó al sillón. Lo curioso era, pensó, que Faid tenía los ojos abiertos y que, en cierto modo, respiraba con normalidad, aunque muy lentamente, único movimiento que se advertía en todo su cuerpo. Por curiosidad, le tomó el pulso; era terriblemente lento, veintidós o veintitrés latidos por minuto.

Aterrado, se preguntó si aquel gallardo, pero también orgulloso individuo, estaba condenado a muerte por causa de algún desconocido hechizo, lanzado por Kheffis contra él. ¿Cómo creer en semejantes historias?, se preguntó.

—Hay algo espantoso —dijo Clarence—. Puesto que no comía, se le alimenta con líquidos, por medio de una cánula, y también con inyecciones intravenosas. Los médicos dicen que su cuerpo expulsa absolutamente esos alimentos, sin asimilar una sola partícula. Morirá de hambre y nadie podrá evitarlo, ¡nadie! —concluyó dramáticamente el atribulado productor.

* * *

Algunas semanas más tarde, Bray sostuvo una interesante conversación con el profesor Irving Roberts, presunto director de la expedición arqueológica, de la que él tenía que ser guía y asesor técnico en lo referente a la estancia y comportamiento en África. Roberts se mostró un tanto reticente a dar demasiados detalles de la expedición, ni siquiera del lugar al que se iban a dirigir.

El arqueólogo se disculpó diciendo que el asunto no era todavía muy seguro, que faltaba financiación y que, aun cuando la consiguiera, tenía que elegir cuidadosamente a su personal. Roberts no era un viejo precisamente, aunque pasaba diez años a Bray, y a éste le pareció que el arqueólogo era un tipo de escasa modestia y muy pagado de sus conocimientos, además de poco amigo de admitir opiniones en contra.

A Bray no le importaban demasiado las cualidades personales de Roberts: a fin de cuenta, si se concretaba la expedición, Roberts aceptaría sus honorarios y no iban a ser módicos precisamente.

Además, era preciso tener en cuenta las panorámicas que tomaría con su cámara y que luego su amigo el productor de cine le pagaría a buen precio.

Al salir del despacho de Roberts se cruzó con una encantadora joven, cuyo rostro le pareció vagamente conocido. Ella le dedicó una simpática sonrisa.

—Hola —dijo la chica.

—Hola —contestó él—. ¿Nos conocemos?

—Al menos, yo le he visto a usted en un estudio de cine, señor Bray. Mi nombre es Stella Strauss —se presentó la joven, a la vez que tendía la mano espontáneamente hacia su interlocutor—. Nombre artístico, por supuesto: el apellido real es el muy prosaico y vulgar de Jones.

Bray sonrió.

—Usted era la prisionera blanca, a la que una sacerdotisa iba a sacrificar…

—Exactamente. Entonces, llega el héroe, me salva y yo me desmayo en sus brazos… y *The End*.

Bray se echó a reír.

—Sí, el clásico final feliz, con el triunfo de la virtud y el castigo de los malos —dijo.

—Pero, en este caso, el castigado ha sido el héroe. —Stella se puso seria de repente—. Vengo de visitarle. ¡Es horrible!

—¿No se ha curado? —preguntó Bray asombrado, porque hacía semanas que no tenía noticias de Clarence ni de su «astro».

Stella hizo un signo negativo.

—Ni creo que se cure —respondió—. Señor Bray, ¿hemos de creer en el hechizo que le lanzó Jane
N'Wana?

—¿Cómo? —Respingó él—. ¿Quién es esa Jane
N'Wana?

—Pues… muy sencillo, la joven de color que hacía de reina de los salvajes. Todos dicen que es ella la que ha embrujado a Faid… El caso es que ha desaparecido y no se conoce su paradero en absoluto. Clarence está desesperado; incluso ha puesto anuncios en la prensa, ofreciendo a Jane una elevadísima recompensa por curar a Faid.

Bray asintió con lentos movimientos de cabeza.

—No sabía que Jane hubiera desaparecido —manifestó—. Pero ¿de veras cree usted que es una hechicera?

—No sé qué pensar —contestó Stella—. La razón me dice que no debo aceptar tales supersticiones, pero… ¿qué hay a veces por encima de nosotros, que es superior a lo que podemos hacer o pensar?

—Es cierto —convino él—. De todos modos, ahora iré a visitar a mi amigo Clarence. Tal vez yo pueda hacer algo para encontrar a Jane.

—Clarence se lo agradecerá, seguro.

—No lo dudo, si acierto. Y ahora, dígame, ¿qué hace usted en la Universidad?

—Estoy citada con el profesor Roberts. También a mí me interesa la arqueología.

—Por fortuna, acabo de cumplir los veintinueve años —rió él.

Stella le miró críticamente de los pies a la cabeza.

—No ofrece síntomas de ruina. —De pronto, se puso seria—. Eso es algo que no se puede decir de Gene Faid —añadió.

Bray se despidió de la muchacha. Lo que acababa de oír, había picado Su curiosidad.

* * *

Encontró a Clarence en la lujosa residencia del «astro». Clarence estaba al borde del agotamiento.

—Horrible, horrible… Cada vez que veo a ese pobre muchacho —sollozó el productor de cine.

Bray entró en la estancia donde se hallaba Faid. Vio al actor y sintió que un helado escalofrío recorría su espalda.

Faid continuaba en el sillón, pero ya no era más que un esqueleto cubierto de piel, cuyo color tenía una horrible tonalidad cenicienta. Los ojos, sin embargo, todavía conservaban cierto brillo.

Haciendo acopio de fuerzas, Bray se acercó al sillón. El pecho de Faid se movió débilmente una vez. Dominando sus aprensiones, le tomó el pulso.

—No te molestes, Larry —dijo Clarence desde la entrada—. Doce pulsaciones por minuto. Los médicos no se explican todavía cómo está vivo.

Bray soltó la muñeca del actor.

—Jock, ¿de veras crees que esto lo hizo Jane N'Wana?

—Todo el mundo lo asegura. Larry. Yo ya no sé ni qué pensar… Si al menos pudiera encontrarla… Le ofrecería su peso en oro, con tal de que curase a Gene…

El joven hizo un movimiento de cabeza, de significado claramente pesimista.

—Tengo la sensación de que el dinero no causaría mella en el ánimo de Jane —contestó—. Pero quizá yo pueda hacer algo por ayudarte.

Clarence casi saltó hacia Bray.

—¿De veras? —gritó—. Si lo consigues, pídeme lo que quieras…

—Sé dónde vive Jane. Iré a hablar con ella.

El productor sacó del bolsillo un fajo de billetes.

—Toma, ofrécele esto para empezar…

Bray rechazó la oferta.

—Jock, no todo es dinero en este mundo —dijo.

Una hora más tarde, se encontraba ante la puerta de la casa de Jane. Se preguntó por qué no había citado aún el nombre de Kheffis. ¿Y por qué ella había dicho llamarse así y no había empleado su nombre auténtico?

Se llevó un desengaño.

—La señorita N'Wana se marchó hace dos semanas y no dejó dirección —declaró el conserje del edificio.

Era curioso, pensó Bray. Jane no había acudido siquiera al reclamo de los anuncios publicados en los periódicos de Los Ángeles.

Encontró la solución horas más tarde, en el aeropuerto. Una azafata, antigua conocida suya, le acompañó a la oficina de pasajes.

—La señorita N'Wana partió hace diecisiete días, exactamente, con dirección a Nairobi —le informaron.

—Al menos, es un paso —dijo Bray, no poco aliviado.

Tenía amigos en Nairobi y gastó un montón de dólares en cablegramas. Cuatro días más tarde, con las respuestas en el

bolsillo, acudió a la casa de Faid.

—Tengo que darte malas noticias, Jock —manifestó, apenas se encontró frente a su amigo el productor de cine.

—Las mías no son tampoco muy buenas —contestó Clarence—. Acaban de informarme de que se han producido cuatro casos idénticos a los de Faid. Mejor dicho, se trata de cuatro individuos que están como él desde hace unas cuantas semanas. Todos eran «extras» de cine y nadie sabe qué ha podido pasarles.

Bray pensó inmediatamente en aquellos cuatro supuestos borrachos, que habían pretendido ultrajar a Kheffis por encargo del despechado Faid. ¿Qué terrible venganza se había tomado aquella hermosa africana? ¿Tenía poderes sobrenaturales que le permitían sumir a las personas en un estado de catatonía absoluta?

—Ésos pobres desdichados… Aunque eran «extras», los tenía empleados de un modo casi regular —continuó Clarence—. Haré todo lo que pueda por ellos, pero me temo que será inútil… Bueno, oigamos tus noticias, Larry.

—Está bien, Jock. Sólo puedo decirte una cosa: Jane abandonó Los Ángeles hace veintiún días y voló a Nairobi. Fue vista en el aeropuerto, se alojó una noche en el King African Hotel, se marchó a la mañana siguiente… ¡y ahí se pierde todo rastro de ella!

Clarence se puso una mano en la frente.

—Esa mujer… Vino a pedir empleo, dijo que necesitaba ganar algún dinero para concluir sus estudios… La vi esbelta, hermosa, el tipo ideal para la reina salvaje de mi película… Interpretaba su papel formidablemente; hubiera sido una estrella de fama mundial… ¡Pero ha resultado ser una bruja malvada, Larry!

—No. Jock, no la culpes a ella —contestó Bray—. Faid la trató miserablemente, sólo porque la estimaba un ser inferior, debido al color de su piel. Y esos cuatro hombres que están como Faid, la acorralaron, pretendiendo ultrajarla, seguramente pagados por tu «astro», a quien se le hacía insoportable la idea de haber sido desdeñado por una mujer. Tú conoces a Faid mejor que nadie y sabes cómo era con las mujeres.

—Tienes razón —admitió el productor cansadamente—. Más de una vez me sentí tentado de darle una buena patada a Faid y enviarlo a un millón de millas de distancia… Pero pensaba en su fama, en la taquilla… y nunca me atreví… Tal vez le hubiera hecho

un bien, Larry.

De repente, se oyó un agudo chillido en la habitación donde estaba el actor.

La puerta se abrió con violencia, Una joven, vestida enteramente de blanco, salió chillando histéricamente.

—¡Los huesos, se le ven los huesos!

La enfermera cayó al suelo sin sentido. Bray, reaccionando, corrió hacia la habitación, mientras Clarence, desconcertado, no sabía si seguirle o atender a la enfermera.

Al llegar a la puerta, Bray se detuvo, aterrado por aquel horrible espectáculo que se ofrecía a su vista.

La piel de Faid se desprendía en largos y hediondos jirones. Caía de la cara, de los brazos, de las piernas…, y los huesos asomaban blanqueando siniestramente.

Unos minutos más tarde, el esqueleto rodó por el suelo con tableteantes sonidos y los huesos se disgregaron al pie del sillón. En el asiento, sin embargo, quedó la calavera, monda por completo, riendo macabramente.

Eran los últimos y malolientes restos de un hombre gallardo y apuesto, pero también enormemente orgulloso y carente en absoluto de modestia y de humanidad.

CAPÍTULO III

El profesor Roberts tendió a su visitante una cartulina de treinta por cuarenta centímetros. Larry Bray contempló atentamente la fotografía.

—Un collar muy bonito —dijo—, pero no conozco el estilo…

—Es la fotografía de un dibujo, hecho a base de informes orales y reconstrucciones ideales de la época —explicó el arqueólogo—. Por supuesto, es posible que su forma no sea ésta cuando lo veamos en la realidad, pero puedo afirmar, sin demasiado error, que se le parecerá mucho. Ésta es la joya principal que debemos encontrar, señor Bray.

—Parece un collar de ceremonia —observó el joven—. Aquí veo que se prolonga hacia abajo y que tiene dos cuencos para cubrir los pechos femeninos.

—Sí. Era el collar de la reina Kheferti.

—¿Cómo?

—Señor Bray, largas investigaciones, que sería ocioso relatar, nos han hecho llegar a la conclusión de que, hace unos cuatro mil años, la hermana de un Faraón egipcio, descontenta con la política de su real hermano, emigró de Egipto hacia el Sur, con un numeroso grupo de fieles. Naturalmente, se llevó consigo una gran abundancia de joyas, entre ellas el collar que ve ahí reproducido. Esa mujer era Kheferti.

—Creo que comprendo. ¿Qué más, profesor?

—Kheferti y su séquito se internaron en lo más profundo de África, más allá incluso de Nubia. Allí, hasta cierto punto, se perdió su rastro, pero se supone que fundó un reino. ¿Cuánto duró su reinado? ¿Cuánto duró el gobierno de los descendientes que, lógicamente, hubo de tener? Eso es lo que vamos a averiguar, con su valiosa ayuda, por supuesto.

—¿Cree que yo podré servirles de algo?

Roberts sonrió con cierta benevolencia.

—El reino de Kheferti está, o estuvo situado más allá de la denominada Siena de los Dientes del Lobo, al sudoeste de
S'Habi.
Creo que usted conoce ese territorio, ¿verdad?

—Pero no he estado nunca en la Sierra, aunque he oído hablar de ella…

—Conoce el terreno y sé que tiene amigos entre los nativos. Es usted el hombre ideal para dirigir la expedición, excepto en el aspecto científico; arqueológico y antropológico, principalmente. Llevaremos médicos, ayudantes, buen equipo… y la cuestión del dinero, por fortuna, está ya solucionada.

Bray meditó unos instantes. La aventura que le proponían era tentadora.

—Excepto en el plano puramente científico, tendré plena autoridad —dijo al cabo—. No quiero erigirme en ningún dictadorzuelo —añadió—; pero conozco el país, conozco sus costumbres y conozco a sus habitantes. También conozco cierta especie de científicos, que por haber leído mucho, se creen que lo saben todo. Si hay alguno en su equipo, hágale saber que la realidad es siempre muy distinta de lo que cuenta la letra impresa.

—Todos mis subordinados serán advertidos al respecto —prometió Roberts—. En lo que se refiere a conducta y comportamiento durante el tiempo de la expedición, obedeceremos estrictamente sus instrucciones, puedo asegurárselo.

—Siendo así, la cosa marchará mejor para todos.

La conversación se prolongó todavía durante algunos minutos. Bray y Roberts continuaron discutiendo ciertos aspectos de la expedición y quedaron de acuerdo para reunirse en días sucesivos y terminar de concretar los detalles necesarios, a fin de conseguir que el viaje a la Sierra de los Dientes del Lobo fuese un pleno éxito.

—Ah, por cierto —dijo Roberts al terminar—, me gustaría que asistiese esta noche a una fiesta que da la señora Vandbilt.

Bray arqueó las cejas.

—¿Quién es esa dama? —preguntó—. No la conozco…

Roberts lanzó una risita.

—Mi querido amigo, esta expedición no va a resultar barata

precisamente y la Universidad no anda demasiado sobrada de fondos. Evelyn Vandbilt es la persona que se ocupará del aspecto económico del asunto. Apasionada de la ciencia, pero sobre todo de la arqueología y de la historia, podemos decir que gracias a ella conseguiremos el collar de la reina Kheferti. Por tanto, me agradaría que asistiese a la recepción que da en su residencia.

—Asistiré —prometió Bray.

Minutos después, se despedía del arqueólogo. A la salida, se encontró con una cara conocida.

—Oh, la diosa blanca rescatada por el héroe —exclamó—. ¿Cómo se encuentra usted, señorita Strauss? ¿O debo llamarla Jones?

Stella se echó a reír alegremente.

—Tengo un nombre propio —contestó—. Úselo sin remilgos, Larry.

—Eso está muy bien. Pero dígame, ¿qué hace aquí, en lugar de hallarse delante de una cámara?

—Pero ¿no lo sabe? ¡He dejado el cine!

—¿Cómo? ¿Tan mal le iba? —se asombró Bray:

—Ni mal ni bien. Simplemente, necesitaba ganar algún dinero.

—No entiendo. Si creo recordar un poco, usted era la protagonista de una película…

—En primer lugar, no se trataba de un filme de gran clase. Recuerde, además, que la película estaba hecha para el lucimiento de cierto Tarzán, que no admitía demasiadas sombras, ni siquiera femeninas. Y, en tercer lugar, aparte de haber ganado el suficiente dinero para costearme los estudios, pude darme cuenta claramente que mi porvenir no estaba precisamente en los estudios cinematográficos.

Bray arqueó las cejas.

—No es corriente oír hablar así a una chica joven y bonita —manifestó—. De modo que estudia…

—Conseguiré mi diploma, a la vuelta de África. Actuaré como ayudante y secretaria personal del profesor Roberts. Al regreso, escribiré mi tesis y obtendré el título de arqueólogo.

Bray se pasó una mano por la cara.

—¡Sorprendente! —dijo—. Es lo más fantástico que he oído en los días de mi vida… pero, créame, me alegro infinito. ¿Sabe que

voy a ir con ustedes?

—¿Ya ha llegado a un acuerdo con el profesor? Temí que rechazara sus propuestas, Larry.

—Ah, de modo que lo sabía.

Stella volvió a reír.

—Claro, le he dicho que soy ayudante y secretaria de Roberts. —Alargó la mano—. Yo también celebro que sea nuestro guía; es garantía absoluta de que la expedición resultará un éxito.

Stella se alejó, subiendo rápida y graciosamente los largos peldaños de la gran escalinata que conducía al edificio del rectorado, donde Roberts tenía su despacho. Bray se quedó mirándola embobado, hasta que la perdió de vista.

—Es una chica magnífica —murmuró para sí. Y se sintió doblemente contento por saber que ella también iba a viajar a África.

* * *

La fiesta estaba en todo su apogeo. Bray detestaba ciertas formalidades, pero no le había quedado otro remedio que embutirse en una rígida chaqueta blanca y ponerse camisa con pechera y lazo negro. Los camareros iban y venían constantemente con bandejas repletas de copas.

De pronto, vio a Roberts que se acercaba, acompañado de una hermosa mujer.

Era una espectacular morena, de abundante cabellera, peinada harto sofisticadamente, cuyo cuerpo estaba embutido en un ceñidísimo traje de color rojo oscuro, en el que se advertía una casi total carencia de tela en la parte superior, a partir de la cintura. Por supuesto, en la espalda no había tela de ninguna clase.

—Amigo Bray —dijo el profesor—, tengo el gusto de presentarle a nuestra anfitriona, la señora Vandbilt. Evelyn, nuestro guía, Larry Bray.

Ella le tendió una mano, rematada en uñas de color rojo sangre, que daba principio a un brazo espesamente cargado de joyas. Debía de contar unos treinta y cinco años, pensó Gray, mientras se inclinaba para besar la mano de aquella hermosa mujer, tras murmurar las frases corteses de rigor.

—Tendremos un éxito completo —dijo Evelyn—, y usted nos

llevará hasta el collar de la reina Kheferti.

—Alguien ha abusado de los elogios hacia mí, señora —sonrió Bray—. La verdad es que nunca he estado en la Sierra de…

—Pero usted nos llevará hasta allí sin riesgos, ¿verdad? Irving, querido —se dirigió ella al profesor—; tengo la seguridad de que ha hecho usted la elección precisa.

—No podía ser por menos, dados los informes que yo tenía acerca del señor Bray —contestó Roberts untuosamente.

—Ha sido un placer. Volveremos a vemos —se despidió Evelyn, quien se alejó, acompañada del profesor, para saludar a otros invitados.

Un camarero pasó y Bray se apoderó de un combinado de champaña. Estaba tomando el primer sorbo, cuando, de pronto, oyó una voz irónica a su lado:

—¿Trata de calmar su pulso? ¿Se le ha pasado ya el susto?

Bray se volvió. Stella, ataviada con un sencillo traje blanco, le miraba sonriendo a dos pasos de distancia.

—Si se refiere a la señora Vandbilt, le diré que no asusta a nadie, sino todo lo contrario —contestó.

—Era sólo una broma. Pero apuesto a que usted pensaba en una mujer cincuentona, gorda, sudorosa y preocupada por su faja.

—Pues… algo así, debo serle franco. Claro que tampoco me he preocupado jamás por la alta sociedad… Oiga. Stella, francamente. Evelyn debe de estar podrida de dinero, ¿no?

Stella dejó de sonreír repentinamente.

—Lo que no acaba de gustarme es que haya sido ella la que financie la expedición —contestó—. Pero, claro, yo no podía oponerme; soy solamente un número entre los componentes de la misma.

—¿Qué sucede? ¿Por qué dice eso, Stella?

—Evelyn no financia el viaje precisamente por amor a la ciencia.

Hubo un momento de silencio. Bray terminó el contenido de su copa y la dejó sobre una consola cercana.

—Estoy viendo una hermosa terraza, que da a la piscina —dijo —. ¿Por qué no vamos a hablar allí con más comodidad?

—Otro rato, Larry —rechazó ella la proposición.

—Pero es que me gustaría saber…

—Lo que le he dicho, no se basa en nada, ni siquiera en indicios.

Pero, a veces, me dejo guiar por el instinto. ¿Comprende?

—Creo que sí. De todos modos, usted conoce a Evelyn mejor que yo.

—Sólo he hablado con ella media docena de veces y no en una conversación larga y sostenida y, además, siempre en presencia del profesor. Pero tal vez el instinto me engañe…

De pronto, se produjo un ligero revuelo cerca de la entrada. Bray y Stella volvieron la cabeza. Dos camareros entraban, portadores de una gran caja cuadrada, forrada de papel de embalaje. Evelyn y el profesor acudieron rápidamente al vestíbulo de la entrada.

—¿Qué es eso? —Exclamó la dueña de la casa—. ¿Quién ha traído este armatoste?

—Señora, acaban de dejarlo —contestó uno de los sirvientes—. Dijo que había recibido orden de traérselo a usted…

Evelyn se volvió hacia el arqueólogo.

—¡Qué raro! —exclamó—. Yo no he encargado nada. ¿Y usted, Irving?

Roberts meneó la cabeza. De pronto, Evelyn agitó una mano.

—Está bien, abran esa caja —ordenó.

Los camareros obedecieron con presteza. Después de rasgar el papel, aparecieron cuatro mamparos de tablas, unidas por unas simples charnelas, que podían soltarse con una simple presión. Los mamparos cayeron al suelo.

Un grito de horror brotó de decenas de gargantas.

Dos mujeres se desmayaron en el acto. Evelyn se tambaleó y hubo de ser sostenida por el profesor.

Bray, por su parte, frunció el ceño, no menos sorprendido que los demás. Allí, sentado en una especie de trono hecho de una roca ahuecada como un sillón, se veía un esqueleto humano, el cual, sin embargo, conservaba la cabeza íntegra.

Era una cabeza de mujer, de abundante pelo negro, y cuyas facciones eran una exacta reproducción de las de Evelyn Vandbilt.

* * *

Roberts llenó dos copas y se las entregó a sus acompañantes. Stella dudó un momento, pero Bray le aconsejó que tomara un sorbo.

—La señora Vandbilt duerme —dijo Roberts—. Le recomendé

que tomara un sedante; en estas circunstancias, es muy conveniente.

Los invitados se habían marchado ya. Allí, en el centro de la sala, continuaba el macabro envío, aunque prudentemente cubierto por una sábana blanca. Un camarero aguardaba silencioso en uno de los ángulos de la estancia.

—Bien. Bray, usted es experto en estas cosas —añadió Roberts —. ¿Qué puede decirme de ese esqueleto?

—En primer lugar, es de plástico, quiero decir, que se trata de una reproducción, como las que se venden para estudiantes y colegios. El trono de roca no es sino poliestireno, del empleado en la decoración de cine y demás, aunque bien imitado, por supuesto. En cuanto a la cabeza que corona el esqueleto… se trata de una reproducción, simplemente.

—¡Pero la señora Vandbilt no ha posado para ningún escultor!

—En cambio, sí ha posado y posa a diario para cientos de fotógrafos —contestó Bray, aludiendo a la intensa vida social de la dama—. Para algunos artistas, no resulta nada difícil reproducir su cabeza, con todos sus rasgos fisonómicos, claro.

—Pero ¿eso es algún aviso? ¿Tiene algún significado?

Bray tomó un trago de su copa.

—Mucho me temo que sí, señor Roberts —contestó—. No conozco a ningún miembro de esa tribu ni nadie, exactamente, sabe dónde se encuentra situado su territorio, aunque sospecho que debe de hallarse por la comarca de la Sierra de los Dientes del Lobo. Pero cuando estuve en
S'Habi
oí decir que los hwassi suelen hacer un envío semejante a sus enemigos, para disuadirles de un posible ataque. Otros dicen que se trata de una amenaza de muerte… Francamente, es algo que no me gusta, a menos que se trate de una broma de la peor especie.

—Nosotros no pensamos atacar a nadie. Solamente formaremos parte de una expedición científica, de intenciones absolutamente pacíficas —declaró el profesor con un aire altanero, que estaba muy poco de acuerdo con sus palabras.

—Tal vez, pero el aviso está ahí… y dirigido a la persona que financia la expedición.

—Diríase que tiene miedo, señor Bray. ¿Va a echarse para atrás, ahora que ya nos ha dado su palabra?

—No, en absoluto. Pero le recomiendo que tenga en cuenta ese aviso, profesor. Usted es hombre que no cree más que en lo que ve, oye y toca. Y en África hay más cosas misteriosas, que no se pueden explicar racionalmente, de las que usted y yo podríamos comprender en toda una vida de estudios.

—Tendré en cuenta sus palabras, señor Bray —dijo Roberts, sin abandonar su tono habitual—. Lo único que le pido es que nos guíe hasta el objetivo. Lo demás, corre de mi cuenta.

—Así lo haré, profesor. Y ahora, con su permiso…

—Yo también me marcho —dijo Stella, silenciosa hasta aquel momento—. ¿Le importa que vaya con usted Larry? Vine en un taxi…

—Oh, por favor —sonrió el joven.

Bray y Stella echaron a andar. Detrás de ellos, sonó la voz imperativa del profesor:

—¡Saquen ese horrible esqueleto al patio y quémenlo!

Capítulo IV

El coche de Bray estaba situado en uno de los ángulos de la explanada delantera de la casa. Stella observó que el joven parecía pensativo y hasta preocupado.

—¿Se siente aprensivo, Larry? —preguntó.

Bray se volvió hacia ella.

—A decir verdad, no muy tranquilo —contestó.

—Ese supuesto aviso de los hwassi, ¿no será una broma de mal gusto? ¿No se tratará de alguien que ha querido divertirse a costa de Evelyn Vandbilt?

—¿Por qué gastar esa broma, Stella?

—Tengo informes un tanto privados de Evelyn —contestó la muchacha—. Es cierto que se trata de una mujer riquísima y, aunque esto no es relevante ahora, su vida privada no es precisamente lo que se podría calificar de ejemplar. Pero, además, ha hecho siempre valer el peso de su fortuna, a veces de forma humillante y ofensiva. Tal vez alguno de los que han sufrido sus desdenes o sus intemperancias haya querido vengarse de ella, precisamente en esta ocasión, en que Evelyn quería lucirse como patrocinadora de la expedición que irá a buscar el collar de Kheferti.

—Es posible, aunque yo sigo pensando que se trata de un aviso de los hwassi, Stella.

—Larry, ¿cómo podrían los hwassi, si eso fuese cierto, enviar semejante aviso desde miles de kilómetros de distancia? Y, ¿cómo saben ellos, en todo caso, que se va a realizar la expedición? ¿No dice que viven completamente aislados del mundo exterior?

Bray se encogió de hombros.

—Recuerde lo que dije antes al profesor: hay cosas en África que no comprenderemos jamás —contestó—. No soy supersticioso,

pero…

Sonrió.

—Estamos hablando aquí, parados, en lugar de subir al coche —añadió.

—Sí, tiene razón —convino Stella.

De pronto, Bray vio a dos camareros que sacaban el esqueleto con su trono de falsa roca a la explanada posterior, fácilmente visible en su mayor parte desde aquel lugar. Uno de los camareros se inclinó y volcó sobre el esqueleto y las madrás del embalaje el contenido de un cubo.

El otro arrojó un fósforo encendido. Una enorme llamarada se produjo en el acto, al inflamarse el líquido combustible arrojado sobre aquel macabro aviso.

En el mismo instante, se oyó un horripilante alarido en el piso superior:

—¡Me abraso! ¡Socorro, socorro! ¡Estoy ardiendo!

Stella se tambaleó. Bray vaciló un instante.

Miró hacia arriba. En una de las ventanas del primer piso se veían rojas llamas, agitándose espantosamente.

La ventana se abrió de pronto. El cuerpo de una mujer, envuelto en llamas de los pies a la cabeza, se hizo visible. Horribles alaridos brotaban de la garganta de Evelyn Vandbilt, cuyo cuerpo ardía al mismo tiempo que el esqueleto.

Bray reaccionó y se precipitó hacia la casa. En el mismo instante, Evelyn, enloquecida por el dolor de las quemaduras, puso los pies sobre el antepecho y saltó al vacío.

Stella casi creyó desmayarse al ver aquella antorcha humana que cruzaba fulgurantemente la atmósfera. La distancia, sin embargo, no era excesiva y la hierba del suelo, abundante y espesa, amortiguó notablemente el impacto.

Bray se quitó la chaqueta y se precipitó sobre la mujer que yacía en el suelo. Era la única forma de apagar las llamas.

* * *

El doctor Stevens salió de la habitación y miró con aire perplejo a las personas que aguardaban en la estancia inmediata.

—¿Están seguros de que esa mujer se ha quemado viva? —preguntó.

Roberts abrió la boca, estupefacto. A su lado, Bray parpadeó de asombro.

—Pero, doctor, lodos la vimos… Inexplicablemente, algo prendió fuego a las ropas de la señora Vandbilt…

—Será mejor que la envíen a un hospital, para que le traten de la fractura de su pierna derecha y la luxación de su hombro izquierdo —aconsejó el galeno—. Aplaudo la decisión de mantenerla en su casa hasta mi llegada, pero ahora debe ir a un hospital. Por lo demás, le he propinado un fuerte sedante y dormirá de diez a doce horas seguidas. Llamen a una ambulancia, insisto.

Roberts, desconcertado, dio un paso hacia adelante. El mayordomo reaccionó y corrió en busca de un teléfono.

Bray y Stella siguieron al profesor y entraron en el lujoso dormitorio. En su lecho, durmiendo plácidamente, se hallaba Evelyn.

Stella creyó soñar. Evelyn conservaba todo su cabello y en su piel, blanquísima, no había el menor rastro de quemaduras.

—Es… increíble. Parecía una antorcha viviente… —tartamudeó —. Ardió cuando pegaron fuego al esqueleto…

Bray se acercó lentamente a la cama. Evelyn aparecía cubierta solamente con una sábana y el hombro y la pierna vendados de una manera provisional. Él mismo había sido el autor de la idea, tras apagar el fuego, de que Evelyn quedara en su propia casa, en lugar de llamar a una ambulancia. Sinceramente, no había creído que la mujer viviera más allá de unos minutos, después de su espectacular caída, envuelta en fuego.

El pelo había ardido; él lo había visto hecho una masa de llamas y, sin embargo, ahora aparecía intacto y lustroso. En la mejilla izquierda tenía una leve escoriación, desinfectada con mercromina, pero aparte de esto y de los vendajes, su piel aparecía sin la menor señal de quemaduras.

¿Lo habían soñado?, se preguntó. Pero, en tal caso, ¿había soñado Evelyn también que ardía, en el preciso instante de pegarse fuego al esqueleto de aviso?

Después de que la ambulancia se hubo llevado al hospital a Evelyn, Bray acompañó a Stella hasta su casa. Durante el camino, hablaron poco; ambos estaban terriblemente impresionados por el extraño fenómeno que habían presenciado y para el cual no

encontraban explicación posible.

Más tarde, Bray se encaminó a su departamento. Abrió la puerta y se encontró con la más extraordinaria sorpresa que hubiera podido sospechar en aquellos momentos.

Aunque bien mirado, la presencia de Kheffis en su casa, tras lo ocurrido, debía considerarlo como algo muy natural.

* * *

Kheffis sonreía de un modo extraño.

—Hola, Larry. —Saludó con voz suave y acariciadora.

Bray corrió hacia ella.

—Kheffis… Esto me parece un sueño… ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado? ¿Por qué te fuiste sin avisarme?

—Era necesario —contestó ella.

Bray la contempló un instante. Kheffis vestía de un modo extraño. El traje era largo, sin hombreras, muy ceñido al busto y al talle y caderas, y adornado el tejido blanquísimo por unas bárbaras grecas de color rojo, verde y negro. El lado izquierdo aparecía abierto casi hasta la cintura. En los desnudos brazos llevaba tinos enormes brazaletes de oro, adornados con pedrería, y también una especie de diadema de los mismos materiales. El vestido, en fin, parecía sujeto al cuerpo por simple presión, ya que no tenía hombreras.

—Me parece soñar… —balbució.

Los brazos de Kheffis se enroscaron en tomo a su cuello. Las ajorcas y brazaletes tintinearon suavemente.

—¿Me crees un sueño? —preguntó.

Bray no sabía que decir.

—Espera un momento… Dijiste que te llamabas Kheffis…, pero en los estudios me indicaron que tu nombre es Jane
N'Wana…
¿Cuál es el nombre verdadero?

—¿Importa eso mucho ahora, querido?

—Es que yo quería saber…

El cuerpo de gacela de Kheffis se pegó al de Bray.

—Me tienes contigo, es todo lo que necesitas saber —murmuró ardientemente.

De pronto, Bray se sintió envuelto en una especie de niebla de

fuego. Todo cuanto le rodeaba desapareció. Sólo estaban él y Kheffis… y ella sentada en una especie de trono de piedra, adornada con el collar de la reina Kheferti. Pero los labios que estaban pegados a los suyos eran cálidos y llenos de vida.

Al cabo de un rato, Bray volvió a la realidad. Kheffis estaba sentada en un diván y le miraba sonriente.

—Pronto nos separaremos otra vez —dijo.

—¿A qué has venido? —preguntó él—. ¿Acaso piensas trabajar en el cine nuevamente?

—No. Los motivos de mi viaje… ya los conocerás por ti mismo. Por ahora, permíteme que no te dé más detalles. Discúlpame, te lo suplico… Y ahora, ¿por qué no te portas como un occidental y me sirves algo de beber?

—Claro, claro… Dispénsame tú; me siento tan aturdido…

Kheffis rió argentinamente. Bray preparó dos vasos con hielo y puso algo de *whisky*.

Luego se sentó junto a la hermosa africana.

—Kheffis, me alegro de que hayas venido —dijo—. Hay algo que quería contarte… ¿Sabes lo que le sucedió a Gene Faid?

—He leído los periódicos, en efecto, pero no fue el único caso —contestó ella.

—Faid te insultó. Los otros trataron de ultrajarte. Los cinco han muerto. Yo… perdona, Kheffis, no soy supersticioso, aunque admito que hay cosas sobrenaturales que escapan a mi comprensión. Si te enoja, retiraré la pregunta, pero… dime, ¿tuviste tú algo que ver con esos casos?

Kheffis le miró por encima del borde de su copa.

—¿No sabes darte tú mismo la respuesta? —contestó.

—Por favor… Si fue una venganza, debes admitir que resultó superior a las injurias…

—Tal vez fueron ellos mismos los que murieron, presa de sus propios remordimientos, Larry.

—No, no, no… Algo les embrujó…

—Larry, voy a hacerte una petición. O a darte un consejo, como prefieras. Dejemos este asunto, no quiero mencionarlo más. ¿Entendido?

El tono de Kheffis era tajante, inapelable.

—Como quieras —se resignó él—. Pero yo he de hacerte algunas

preguntas.

—Sí, desde luego.

—¿Has oído hablar alguna vez de los hwassi?

Ella sonreía enigmáticamente.

—Sí, y no diré más —repuso—. Continúa.

—¿Sabes algo del collar de la reina Kheferti?

—Está en su tumba.

—¿Y dónde está su tumba?

—En donde ella murió, Larry.

Bray se dio cuenta de que Kheffis jugaba con él como el gato juega con el ratón. Pero ello había herido su amor propio.

—Voy a ser el guía de una expedición que irá en busca de ese collar —advirtió.

—No puedo evitarlo, Larry.

—Está financiada por Evelyn Vandbilt. ¿Has oído hablar de ella?

—Vagamente.

—Kheffis, anoche enviaron a la señora Vandbilt un esqueleto…

Bray explicó a su hermosa visitante todo lo ocurrido. Al terminar, ella se reclinó lánguidamente sobre el respaldo del diván.

—Los hwassi, en efecto, suelen avisar a sus enemigos de esa forma o muy parecida —admitió.

—Sí, pero ¿cómo explicar un fuego que luego resultó no existir más que en la imaginación de tres personas?

—Larry, voy a decirte una cosa. Tú te portaste muy gentilmente conmigo y no te has preocupado ni de mi origen ni del color de mi piel. En todo momento, me has considerado como un ser humano… y no como un animal muy bello, aunque me alegro de que hayas sabido reaccionar como un hombre. Te aprecio, muy sinceramente y muchísimo más de lo que te puedas imaginar. Pero, por favor, no me hagas más preguntas sobre este tema. Te lo suplico, no te lo ordeno, tenlo en cuenta.

Bray la miró fijamente durante unos segundos. Pese a lo que dijera, ella le ordenaba no continuar con el tema.

Tal vez, si Kheffis se quedaba algún tiempo en Los Ángeles…

De repente, ella alargó sus brazos.

—Ven, Larry —llamo.

Bray acudió a la llamada.

Horas más tarde, cuando despertó, se encontró solo.

Encima de una mesita auxiliar vio una nota escrita y un objeto que parecía un amuleto. Era una especie de disco de madera oscura, muy dura, con una K roja en su centro y un pequeño orificio junto al borde.

El mensaje decía:

> »El ser humano es libre y debe seguir siéndolo. Por eso no te prohíbo que actúes como guía de los que irán a buscar el collar de Kheferti. Sé que tu conducta será noble en todo momento; por eso, si en alguna ocasión te sintieras en un apuro, mi amuleto de paz te protegerá.
>
> »Amistosamente tuya,

»K.».

Bray dobló lentamente el mensaje. Kheffis había salido una vez más de su vida. ¿Volvería a verla de nuevo?

¿O tal vez había soñado?

CAPÍTULO V

El profesor Roberts le llamó dos días después a su despacho. Cuando ya se disponía a entrar, oyó voces agrias y destempladas.

—¡Aparta, sucia negra! ¡Lárgate de aquí, mona con faldas…!

—Señor McCrann —gritó el profesor—. Repórtese, por favor; es usted un universitario y un hombre educado…

Bray se detuvo, indeciso. El llamado McCrann se disculpó de mala gana y salió a los pocos minutos, escapando como si le persiguiera algún diablo.

—Maldita zorra negra… —le oyó rezongar Bray, al pasar por su lado.

Entró en el despacho. Sorprendentemente, Roberts estaba solo, contra lo que había esperado su visitante.

—Discúlpeme, Larry —dijo el arqueólogo—. Ese condenado Randolph McCrann me ha puesto furioso. Parece mentira, un hombre con todo su doctorado en Historia y Arqueología… Pero se ve que la cultura no siempre ayuda a barrer prejuicios raciales…

—Sí, eso creo —sonrió Bray, quien, discreto, no quiso preguntar por la mujer de color que había provocado el incidente—. Bien, profesor, usted tenía algo que decirme, me parece.

—En efecto. He de hacerle todavía algunas preguntas, amigo Larry, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, profesor. ¿De qué se trata?

Roberts habló durante unos minutos. Al terminar, Bray dio sus respuestas y el arqueólogo pareció satisfecho.

—Pero me temo que la expedición habrá de retrasarse —dijo Bray.

—¿Por qué? Todo el programa se está realizando puntualmente…

—¿No iba a venir con nosotros la señora Vandbilt?

—Oh, sí, pero ya estará completamente repuesta en el momento de la partida. No debemos preocupamos por ella, ni por el sueño que tuvo, debido, sin duda, al calmante que yo le sugerí tomar, para que se tranquilizase después de aquel siniestro envío.

Bray miró fijamente al arqueólogo. Tanto él como Stella habían declarado ver quemarse a Evelyn, Pero Roberts y los criados sólo habían visto a la dama en el suelo, después de haberse arrojado por la ventana. Ciertamente, habían escuchado sus desesperadas demandas de socorro, habían oído con toda claridad sus gritos referentes al fuego que la consumía… y, sin embargo, ninguno había visto más llamas que las que consumieron al esqueleto y su embalaje.

—Sí, eso es lo que debió de suceder —convino con voz neutra—. ¿Algo más, profesor?

—Gracias, Larry, eso es todo.

Al salir del despacho, Bray se encaminó al cuarto de trabajo de Stella, situado a no demasiada distancia. Abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Molesto? —preguntó.

Stella agitó una mano alegremente.

—En absoluto —contestó—. Entra, por favor.

Bray cerró la puerta a sus espaldas. Sacó cigarrillos y ofreció uno a la muchacha.

—¿Hay trabajo, Stella?

—Psé, no falta. ¿Has hablado con el viejo?

—De su despacho vengo, aunque de viejo no tiene nada —rió él.

—Se le llama por costumbre. Y, a juzgar por la forma en que mira a algunas de sus alumnas, se siente muy joven.

—¿También te mira a ti?

—Hubo un tiempo que ponía ojos de camero degollado cada vez que me veía, pero fui barrida de la escena apenas se hizo visible la diosa fortuna, quiero decir, Evelyn Vandbilt.

—Me parece que voy entendiendo —sonrió Bray.

—Es preciso reconocer que Roberts, a sus cuarenta y pocos años, tiene un aspecto magnifico. En cuanto a Evelyn, anda por los treinta y seis, me parece, aunque ella confiese veintinueve o treinta, pero es muy hermosa y, sobre todo, apalea el oro.

—Lo cual la hace aún más atractiva a los ojos del jefazo.

—Exactamente. ¿Habéis tomado algún acuerdo?

—Bueno, no es precisamente acuerdo… Hemos discutido determinados detalles, sin mucha importancia. De todas formas, la decisión debe ser aplazada hasta que Evelyn sea dada de alta.

Stella se mordió los labios repentinamente.

—Larry, lo que vimos, ¿fue fantasía o realidad? —murmuró—. Cuando empezó a arder el esqueleto, ella empezó a arder también… Tú y yo vimos las llamas y Evelyn chillaba horriblemente, diciendo que se abrasaba viva… Luego resultó que no había habido tal, que sólo tenía las lesiones producidas por la caída… Larry, ¿qué es lo que sucede?

Bray aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—No lo sé —contestó—. Jane no quiso decírmelo.

Stella le miró vivamente sorprendida.

—¿Cómo? ¿Has visto a Jane?

—Estaba aguardándome en mi casa, la noche en que vimos arder a Evelyn —contestó él, muy serio—. Le hablé del asunto, le hablé también de Gene Faid…, pero se negó a darme la menor explicación sobre el particular.

De pronto, se metió la mano por el cuello de la camisa y sacó el disco de madera oscura, que llevaba colgado de un fino cordón de seda negra.

—Me dejó lo que ella llama amuleto de paz —añadió.

Luego le enseñó el mensaje que Kheffis le había escrito al marcharse. Pero se abstuvo de mencionar ciertos detalles que no venían a cuento.

Pasmada, Stella examinó el amuleto con toda atención.

—Larry, ¿es esa joven una hechicera? —preguntó, a media voz.

—¿La habías visto tú cuando actuaba en el estudio?

—No me fijé demasiado en ella, a decir verdad… y no por simpatía o antipatía, sino, simplemente, porque era muy retraída. Pero hubo momentos entonces en que creí que era una artista maquillada. Es de raza africana y, sin embargo, tiene una nariz griega y los ojos verdes. ¿Cómo se concibe una mezcla semejante de rasgos fisonómicos? Los labios, incluso, no son gruesos, es decir, si nos atenemos a los cánones de las razas de color… Me siento desconcertada por completo, créeme.

—A mí me pasa algo por el estilo. Es más, incluso he llegado a

formarme una vaga opinión, que ni siquiera me atrevo a repetir, por temor al ridículo.

Stella sonrió.

—Vamos, dime lo que piensas; te prometo no repetirlo a nadie.

Bray se inclinó hacia ella y pronunció algunas frases. La joven se irguió en el asiento, mirándole con ojos muy abiertos.

—Larry, ¿quién sabe si lo que dices no es la pura verdad? ¿Se lo has preguntado a ella?

—Lo haré, si se me presenta la ocasión. Mientras tanto, ¿puedo invitarte a cenar?

—Soy la ruina para mis anfitriones —rió Stella—. Me porto igual que un caníbal hambriento. Desprecio absolutamente mi línea y sólo pienso en engordar como una ballena.

—Entonces, pediremos niño al homo, que no tenga más de tres meses y uno para cada uno.

Stella se tapó la boca con una mano, mientras reía, a la vez que agitaba la otra. Bray ya estaba abriendo la puerta.

—Iré a buscarte a las siete en punto —se despidió.

Salió al corredor. En el mismo instante, vio a lo lejos una alta y esbelta silueta, cuyo aspecto le resultó familiar.

—Kheffis —murmuró.

La joven africana salía del despacho de Roberts. ¿Por qué había estado escondida durante la entrevista?, se preguntó.

Echó a correr hacia ella, pero la voz del arqueólogo le detuvo:

—Aguarde un instante, señor Bray. Tengo algo interesante que comunicarle.

El joven se volvió, de no muy buen humor. Roberts sonreía, al parecer muy satisfecho.

—Sí, es una magnífica noticia —continuó—. Acaban de entregarme un mapa muy detallado, con la ruta que es preciso seguir hasta llegar al lugar donde reinó Kheferti.

—Le felicito, profesor. ¿Puedo preguntarle si ese mapa le ha sido entregado por la misma persona que motivó la cólera del señor McCrann?

Roberts frunció el ceño.

—McCrann tendrá que dar de lado sus prejuicios o lo eliminaré de la expedición —contestó secamente.

Bray ya no quiso seguir escuchando más y se lanzó en

persecución de Kheffis. Pero la hermosa joven de color había desaparecido entre la multitud de estudiantes que pululaban por el campus de la Universidad.

* * *

A las siete en punto, detuvo su coche ante la puerta del edificio donde residía Stella. Para asombro suyo, la joven estaba aguardándole ya en la calle.

—¡Caramba, sí que tienes hambre! —exclamó jovialmente.

Pero no había humor en el bello rostro de Stella.

—Roberts acaba de llamarme por teléfono —manifestó, mientras se sentaba junto a Bray—. Me ha dicho que te había llamado a ti, que tu teléfono no contestaba y que si sabía dónde podía encontrarte. Yo he dicho que estábamos citados para cenar… y entonces él me ha pedido que vayamos rápidamente a casa del profesor McCrann. Arranca y dobla por la primera a la derecha, Larry; yo te guiaré.

Bray se sintió muy alarmado al conocer la noticia.

—¿Qué sucede, Stella? —preguntó.

—No tengo la menor idea. Sabes ya tanto como yo…

—Me parece que un poco más —contradijo Bray—. Hoy, esta mañana, Jane estuvo en el despacho de Roberts. Incluso le entregó un mapa con la ruta que es preciso seguir para llegar a los Dientes del Lobo.

—¡Asombroso! ¿Qué ha dicho ella?

—Lo ignoro, porque no hemos podido hablar. Sé que ha estado, pero no la he visto. Y sé también que McCrann es un furibundo racista y que, al encontrársela en el despacho de Roberts, la ha insultado horriblemente… de una forma que habría hecho las delicias de Faid, si continuara con vida.

Stella sintió un escalofrío, pero no se atrevió a expresar en voz alta sus aprensiones. Simplemente, temía lo peor para el colérico racista que era McCrann.

Las distancias en Los Ángeles son grandes y el viaje les costó casi una hora. Al fin, Stella indicó a Bray que podía detenerse.

El coche se paró frente a una casa de una sola planta, rodeada por un pequeño jardín, en el que abundaban los trozos con césped. Las luces de la casa estaban encendidas.

Bray y la muchacha corrieron hacia el edificio. Estaban a punto de llamar a la puerta cuando, súbitamente, divisaron el reflejo de un enorme resplandor que se producía en el patio trasero de la casa.

Al mismo tiempo, sonaron unos gritos desgarradores. Eran unos alaridos que no parecían brotar de una garganta humana.

Bray abandonó la puerta y corrió hacia la trasera de la residencia. En el mismo instante, vio cruzar una sombra llameante. Roberts apareció en la puerta posterior.

—¡Randolph! ¡Quédese quieto! ¡Es sólo una ilusión, se le pasará muy pronto! ¡Quieto, quieto! —gritó el arqueólogo.

Pero McCrann, envuelto en llamas de pies a cabeza, no hizo caso de las desesperadas llamadas del profesor. La piscina estaba a pocos pasos de distancia.

Entonces, Bray se dio cuenta de que la piscina no tenía agua. Tal vez la habían vaciado para su limpieza.

McCrann no lo advirtió y se lanzó de cabeza, pensando, en su frenesí, que el agua apagaría las llamas que le consumían. Se oyó un ruido horrendo de huesos rotos y los chillidos del científico se apagaron en el acto.

Y las llamas también.

Rehecho de la sorpresa, Bray corrió hacia la piscina y saltó al fondo. McCrann estaba tendido de bruces, sin el menor rastro de quemaduras en su cuerpo ni en sus ropas. Pero, al volverlo boca arriba, vio la frente abierta de oreja a oreja. Un poco de masa encefálica asomaba por aquella espantosa brecha.

Mareado, sintiendo náuseas, volvió arriba. Roberts, parado al borde de la piscina, contemplaba el espectáculo, con los puños prietos.

—Otra vez, otra vez esa maldita bruja…

En un ángulo de la explanada posterior había algo que ardía todavía.

—¿Le enviaron un aviso? —preguntó.

—Sí. McCrann me llamó por teléfono y yo le dije que no tocara nada. Pero ya había sacado el esqueleto cuando llegué, apenas hace cinco minutos.

—¿Quién pegó fuego al esqueleto?

—Eso es lo curioso —respondió Roberts—. Ardió por sí solo, espontáneamente…, ¡y McCrann empezó a arder al mismo tiempo!

—Profesor, usted pensó que Stella y yo estábamos locos cuando dijimos que habíamos visto arder a la señora Vandbilt. Respecto a ella, sostenía la tesis de que fue el somnífero lo que le produjo la pesadilla que la hizo tirarse por la ventana. ¿Puede continuar sosteniendo ahora la misma teoría?

Roberts movió la cabeza pesadamente.

—No, evidentemente, no… pero hay algo que escapa a nuestra comprensión de hombres de ciencia, de seres civilizados…

—Sobre eso, no cabe la menor duda —dijo Bray—. ¿Está seguro de que el esqueleto ardió de forma espontánea?

—Absolutamente —contestó Roberts con su énfasis acostumbrado—. McCrann y yo estábamos hablando… trataba de convencerle de que no se emborrachase, de que procurase mantener la serenidad… y entonces fue cuando el esqueleto se inflamó…

Stella apareció en aquel momento.

—Ya he avisado a la policía —anunció, desde la puerta que daba a la sala posterior.

Roberts se pasó una mano por la frente.

—Será mejor que no mencionemos el fuego, nadie nos creería —dijo.

Mucho más tarde, Bray y Stella emprendieron el regreso, liberados ya de los inevitables trámites que habían seguido a la muerte de McCrann. Ambos se sentían hondamente preocupados.

—Larry, hay algo que me intriga muchísimo —dijo Stella, después de un prolongado rato de silencio.

—Había —pidió él.

—Aquí, en este caso, el esqueleto ha ardido espontáneamente. ¿Por qué no sucedió así en el caso de Evelyn?

—Hay, tal vez, una explicación… y es que ambos contenían un mecanismo de ignición, dispuesto para que se inflamase determinado tiempo después de quitado el embalaje. Lo que sucede es que, en el caso de Evelyn, se le pegó fuego antes de tiempo.

—Es probable que sea así —convino la joven—. Pero, en todo caso, ¿por qué hemos visto unas llamas que no eran reales? Cuatro personas vimos el fuego, una de ellas la víctima… ¿Qué misteriosa mente ejerce su tremendo poder sobre las nuestras, para hacemos ver lo que ella desea?

Bray guardó silencio. Realmente, no sabía qué contestar a las

preguntas que Stella le había formulado.

Sin embargo, abrigaba la esperanza de que alguien le aclarase aquellos enigmas que, aparentemente, no tenían solución. Su esperanza se disipo muy poco tiempo después.

Había llegado a creer que Kheffis estaría aguardándole en su casa. Se equivocó rotundamente.

CAPÍTULO VI

Cuatro meses después, Larry Bray reunió a los miembros de la expedición en un claro de la selva, hasta el Que los vehículos todo terreno habían llegado no sin dificultades.

Aparte de Evelyn, completamente repuesta, y de Stella, el resto del personal de la expedición estaba compuesto por hombres. A partir de aquel punto, tendrían que caminar a pie. Los equipos serían transportados por porteadores, llevados hasta allí en dos grandes camiones.

Había dos mujeres y siete hombres, aparte del profesor Roberts y de él mismo. Bray había podido fijarse en que algunos de los componentes de la expedición no tenían demasiado aspecto de científicos. Ello le desagradaba profundamente, pero ya no podía hacer nada para evitarlo.

—Señoras, caballeros, tengo que decirles algo que estimo es de notable importancia —empezó su pequeño discurso—. Y seré breve, para no molestarles demasiado. El terreno, a partir de este lugar, se hace impracticable para los vehículos. Por tanto, todo el equipo habrá de ser transportado por los porteadores. El profesor Roberts quedó de acuerdo en concederme autoridad absoluta en el aspecto puramente técnico de la expedición. Por tanto, les ruego atiendan mis indicaciones y consejos en todo momento y no rebasen la línea de conducta que, en algunas ocasiones, me veré obligado a trazar. No quiero que me llamen presuntuoso, pero, si hacen lo que yo les diga, llevaré la expedición a buen puerto.

Además, hay otra cosa muy importante que he de hacerles notar. Los porteadores son hombres como ustedes, seres humanos, que no es que deban, sino que exigen ser tratados como querríamos que nos tratasen a cualquiera de nosotros. Absténganse de insultos y comentarios burlones; la mayoría de ellos entienden el inglés y, el

que no lo comprende, siempre encontrará un traductor de su raza. Trátenlos bien, amistosamente, y no habrá dificultades. Eso es todo…, salvo que alguien desee hacerme preguntas.

Una mano se levantó en el acto.

—Capitán, ¿cuándo llegaremos a Los Dientes del Lobo? —preguntó un tipo llamado Fred Nylee.

—No puedo asegurar nada. Ya hemos rebasado S'Habi ampliamente y la sierra tiene menos altura de lo que se cree generalmente, por lo que resulta difícil verla de lejos, a causa de la abundante vegetación de la selva. Pero yo diría que entre seis y ocho días. Ah, y no soy capitán, por favor.

—Y luego vendrá la travesía —dijo Ray Merlín.

—Sí, claro.

—¿Cuánto tardaremos…?

—Lo ignoro. Jamás he estado en la Sierra.

Sonaron algunas risitas burlonas.

—¿Y éste es el guía experimentado que ha de conducirnos al éxito?

—Si no ha estado nunca allí, ¿por qué presume de lo que no es?

El rostro de Bray se contrajo.

—Ninguno de ustedes ha visto más verde que el césped del jardín de su casa o de la casa del vecino —contestó agudamente—. Jamás han estado en la selva, ni conocen sus peligros, ni se han enfrentado con las fieras. Tampoco conocen a los nativos, ni sus costumbres, ni saben hablar su idioma. Pero si alguno de ustedes desea tomar el mando de la expedición, estoy dispuesto a resignar mis funciones inmediatamente.

Evelyn dio un paso hacia adelante.

—Dispénselos, señor Bray —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. Sólo eran unos comentarios sin importancia. Aunque usted no haya estado jamás en Los Dientes del Lobo, nadie mejor para guiamos a través de esa cadena de montañas. Tengo plena confianza en usted y sé que nos conducirá al éxito.

Bray se inclinó levemente.

—Mil gracias, señora —contestó—. De todos modos, insisto en lo que he dicho, pero, muy especialmente, en el trato a los porteadores. No me gustaría que, por la intemperancia de algunos,

los porteadores nos dejaran plantados.

—No sucederá así, se lo aseguro —sonrió Evelyn.

—Está bien. Con su permiso, señora, voy a dirigir la descarga.

Más tarde, cuando ya se había encendido el primer fuego de campamento, Stella se reunió con el joven.

—Ha sido un bonito discurso, pero me temo que no servirá de mucho —dijo, con acento pesimista.

—Estás preocupada —observó él.

—Sí, tengo motivos. Larry, quizá debí decírtelo antes…, pero tenía tantas ganas de llevar a cabo la expedición… La considero muy importante para mi futuro, ¿comprendes?

Bray sonrió.

—Tu futuro está asegurado —contestó—. Muy pronto, alguien pedirá tu mano y…

—Larry, aunque me case, quiero seguir ejerciendo mi carrera —exclamó la joven.

—Está bien, no quise herirte. Dispénsame, Stella.

—No te preocupes. La verdad es que… Bueno, aunque sea tarde, tienes que saberlo, Larry.

—Pero ¿quieres hablar de una vez? —pidió él, impaciente.

—Se trata de Roberts y de los ayudantes que ha contratado. ¿No te parece que tienen el aspecto de piratas?

—¿Todos? —sonrió Bray, creyendo se trataba de aprensiones de la muchacha.

—La mayoría, al menos. Cuando Roberts empezó a planear su expedición y formuló el presupuesto, el consejo de administración de la Universidad se lo rechazó. Sospechaban que buscaba, como ya hizo en más de una ocasión anterior, el propio lucimiento antes que el interés de la ciencia.

—Creo que comprendo. ¿Y…?

—De los siete supuestos ayudantes, cinco, por lo menos, no tienen de la arqueología otra noción que la que significa buscar piedras viejas. Los otros dos, bien, puede que sean arqueólogos, pero, desde luego, no titulados en California.

—Eso empieza a preocuparme, Stella —dijo Bray—. ¿Por qué no me avisaste con tiempo?

—Roberts no fue nunca demasiado explícito conmigo. Y, por otra parte, cuando le negaron la subvención, tuvo que buscar a

Evelyn. Pero ella impuso sus condiciones.

—¿Cuáles son esas condiciones?

—Designar al personal… excepto a nosotros dos y puede que a McCrann quien ya está muerto, y Clem Wills. Los demás, seguro, han sido contratados personalmente por ella.

—¿Conoces los motivos?

—¿No eres tú capaz de imaginártelos?

Bray guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

—Tendré que hablar con Evelyn, pero no ahora. Lo que me intriga, y no he conseguido averiguar, es cómo llegaron al conocimiento de la existencia del reino de Kheferti y de su collar de ceremonias.

Stella se encogió de hombros.

—Eso es algo que Roberts no ha dicho jamás. Y si Evelyn lo sabe, tampoco ha hablado al respecto —contestó.

Bray sonrió.

—Tranquilízate. Has hecho bien en advertirme de lo que sucede. Vigilaré atentamente a esos individuos y despediré en el acto a quien quebrante mis instrucciones.

—Si te lo permite Evelyn…

—Lo permitirá o daré media vuelta.

Stella sonrió.

—¿No sientes interés por conocer el lugar donde mora la actual descendiente de Kheferti? —preguntó.

—Pequeño demonio —la apostrofó Bray.

Más tarde, Bray se fue en busca de Roberts y le hizo una petición.

—Me gustaría ver el mapa que le entregó la señorita N'Wana —dijo.

Roberts arqueó las cejas.

—Si equivoca la ruta, yo le corregiré —contestó altaneramente.

—¿Es tan importante el mapa, que no quiere que lo vean otros ojos que los suyos? ¿Le contestaría eso mismo a la señora Vandbilt?

—Ya me lo ha dicho —exclamó de pronto Evelyn.

Bray se volvió hacia la mujer.

—Creo que se están incumpliendo las condiciones que puse para guiar la expedición —dijo.

—Pero usted no proporcionó el mapa, ¿verdad? —sonrió Roberts.

Los puños del joven se crisparon.

—Dispensen —se despidió con sequedad.

Giró sobre sus talones, pero, de pronto, sintió que le agarraban por un brazo.

—Larry —oyó la voz de Evelyn.

—¿Señora?

—No haga mucho caso de Roberts. Es un poco pedante, algo vanidoso…, pero buena persona en el fondo. Estoy segura de que usted nos llevará sin riesgos al otro lado de los Dientes del Lobo.

Bray fijó la vista en Evelyn durante unos instantes. Ella vestía blusa y pantalones, pero el tejido de ambas prendas era muy fino, enteramente inapropiado para el lugar en que se hallaban. Asimismo calzaba unas sandalias que más parecían propias de una playa que para caminar por la selva.

—Señora…

—Evelyn, por favor —sonrió ella.

—Como quiera, Evelyn. Dígame, ¿no tiene otra ropa que la que lleva puesta?

—¿Acaso me sienta mal?

Bray elevó los ojos al cielo. Aquella inconsciente mujer…

—No se trata de estar o no elegante —dijo—. Lo que interesa es seguridad y esa tela que parece seda, se rasgará a los quinientos metros y se quedará usted medio… desnuda. Además, las sandalias no protegerán sus pies en absoluto…, no ya contra alguna espina, sino contra las picaduras de insectos o de bichos mucho más peligrosos.

—Me está poniendo los pelos de punta, Larry —se quejó ella.

—Le doy consejos útiles. Déjese de elegancias y use, al menos, pantalones de tela fuerte y botas altas. Viajar por la selva no es cosa de broma, se lo aseguro.

Evelyn sonrió de una manera extraña.

—Seguiré sus consejos —prometió—. A fin de cuentas, no puedo olvidar que usted me salvó la vida.

—Lo único que hice fue recogerla del suelo —gruñó él, malhumorado, porque, casi de repente, la expedición había tomado un cariz muy distinto del esperado.

* * *

Durante los seis días que siguieron, todo marchó bien, pese a las aprensiones de Bray. Los expedicionarios se mostraban corteses y atentos con los porteadores, no se planteó el menor incidente, todos se portaban con gran consideración y se ayudaban los unos a los otros y la armonía, en fin, era general.

Pero Bray no se sentía muy tranquilo.

Ni Stella.

—A veces, tengo la impresión de hallarme sobre una caldera de agua hirviendo, con la tapadera puesta. En cualquier momento, la presión del vapor puede hacer saltar esa tapa…

—Demasiadas aprensiones, ¿no? —sonrió Bray. Pero hablaba así más por dar ánimos a la joven que, porque, en el fondo, no estuviera de acuerdo con su forma de pensar.

—¡Ojalá fueran solamente aprensiones!

El campamento se montó aquella noche como de costumbre. Bray revisó minuciosamente todas las instalaciones. Hasta entonces, no habían tenido tropiezos con fieras ni animales dañinos. Los pocos que habían visto se alejaron prudentemente de aquella turba de intrusos que venía a alterar su paz.

Cansado, después de una larga jornada, se dispuso a acostarse, tras la última inspección. De repente, se tropezó con Evelyn, que parecía surgida de la oscuridad como por arte de magia.

—Me siento muy quejosa de usted, Larry —dijo la dama.

—No creo haberle dado motivos…

Evelyn rió en tono bajo e insinuante.

—Para una mujer, medianamente atractiva todavía, un motivo de queja puede ser el desvío de un hombre —dijo.

Bray comprendió en el acto el sentido de aquellas palabras.

—He tenido mucho trabajo durante todos estos días —se disculpó.

—Pero alguna vez descansa, me imagino. ¿Por qué no viene a mi tienda a tomar una copa?

—Evelyn, yo no querría…

La mano de la mujer se posó sobre el fuerte brazo masculino.

—Venga —insistió ella, con un extraño resplandor en sus ojos.

Bray dudó un instante. De pronto, sonó la voz de Roberts a pocos pasos de distancia:

—¡Evelyn!

Ella se volvió.

—¿Sucede algo, Irving? —preguntó, displicente.

—Tengo que decirle una cosa… a solas —declaró el profesor.

—Por favor, luego —dijo Evelyn, con la mirada fija en Bray.

—¡Ahora!

La voz de Roberts sonaba tensa, imperativa. Evelyn sonrió, suspiró y acabó por encogerse de hombros.

—Está bien, ya voy —dijo. Y se despidió del joven—. La invitación queda aplazada, pero no suspendida.

Bray no dijo nada. Evelyn se reunió con Roberts. El joven pudo ver que Roberts decía algo a la mujer, muy irritado. Ella volvió a encogerse de hombros, no enojada, aunque sí muy despreciativa. Roberts pareció perder la paciencia y la agarró por un brazo. Entonces, Evelyn se soltó repentinamente y le asestó una tremenda bofetada.

Luego se marchó con paso rápido a su tienda, mientras Roberts quedaba en el mismo sitio, la mano apoyada en la mejilla y un brillo de odio infinito en sus ojos.

Stella contempló la escena desde lejos y, aunque no pudo oír nada, sí vio perfectamente todo lo sucedido. Aquella noche le costó mucho conciliar el sueño. Empezaba a temer que sus aprensiones se convirtieran en realidad…, aunque no alcanzaba a adivinar los hechos en que podía concretarse tan amarga realidad.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente, una hora después de emprendida la marcha, divisaron la Sierra de los Dientes del Lobo.

Durante unos momentos, Bray contempló la cadena de montañas que emergían de la masa vegetal, menos altas de lo que su nombre permitía sugerir, aunque de una forma muy acorde con su denominación. Sí, parecía la dentadura de un lobo, al menos la de la mandíbula inferior, con una serie de montañas de forma aserrada en el centro y dos algo más altas y muy picudas en los extremos. La distancia era de un par de jomadas.

Entonces, inesperadamente, se le acercó Roberts.

—Hemos de derivar más al Sudoeste, unos veinte grados —dijo.

Bray le miró fijamente. Roberts hablaba impersonalmente, como si no hubiera sucedido nada la víspera.

—¿Por qué? —preguntó el joven, quien sostenía con las manos los prismáticos que le habían servido para explorar visualmente la cadena montañosa—. He divisado un paso…

—Sudoeste, veinte grados más —insistió Roberts.

—¿Lo dice el mapa, profesor?

—Sí.

—Aún no me lo ha enseñado. No sé qué grado de confianza se puede depositar en un documento cuyo contenido desconozco.

—Yo sí confío en ese mapa. Recuerde, usted dirige la expedición, pero no se habló para nada de que marcaría la ruta, salvo en líneas generales. Ahora nos llevará a la sierra, con la dirección marcada.

—Pasaremos por el extremo meridional. Nos costará un rodeo de algunos días —objetó Bray.

—Sé lo que me digo, Larry —insistió Roberts con sorprendente mansedumbre—. En cuanto salgamos de esta zona selvática, el

camino resultará mucho más llano y despejado. Y habrá agua en abundancia, si es eso lo que le preocupa. Caza no falta, ¿verdad?

Bray se encogió de hombros.

—Veinte grados más al Sudoeste —dijo fríamente.

Consultó la brújula de pulsera y echó a andar.

A mediodía hicieron un pequeño alto. Bray notó que los porteadores se sentían inquietos y nerviosos. Uno de ellos le dijo que estaban a punto de alcanzar el límite del país de los hwassi.

—Pero tú no has visto jamás a ninguno —dijo Bray.

—No, señor —contestó el indígena, que hablaba un inglés más que aceptable—. Sin embargo, sabemos que son crueles y despiadados… —Bajó la voz—. Hay quien dice que arrancan el corazón de sus víctimas, cuando todavía viven, y lo devoran aún sangrante…

Bray trató de alejar los temores de la mente del porteador, aunque sin herir su susceptibilidad. No estaba muy seguro de haberlo conseguido, pensó, cuando terminó el breve diálogo.

Por otra parte, los otros miembros de la expedición sostenían frecuentes conciliábulos. A Bray no le gustaba en absoluto la actitud que habían tomado, casi siempre aislados del resto y guardando silencio cuando se acercaba alguien ajeno al grupo. El único que no parecía participar de aquellas conversaciones, que tenían mucho de cónclave conspiratorio, era Clem Wills, un hombre joven, delgado, con lentes de concha, que tenía todo el aspecto de persona realmente interesada en la ciencia.

El día pasó sin novedad. A la mañana siguiente, la espesura vegetal dio indicios de aclararse.

Bray marchaba en cabeza, señalando la ruta de acuerdo con las instrucciones de Roberts. De pronto, creyó notar que se le habían aflojado los cordones de una bota y se arrodilló para anudarlos mejor.

Ray Merlín caminaba inmediatamente detrás de él y pasó por su lado, para continuar andando. Diez pasos más adelante, Merlín tropezó con un obstáculo invisible.

El hombre se tambaleó ligeramente. Casi en el mismo momento, se oyó una serie de rapidísimos chasquidos.

Sonó un horrible alarido. Bray alzó la cabeza. Detrás de él, Stella emitió un grito de horror.

Merlín vacilaba espantosamente, con los flancos literalmente acribillados por numerosas flechas, que no eran sino simples palitos rectos, con un par de plumas en el extremo libre. Bray sintió náuseas al darse cuenta de que incluso en ambas mejillas de Merlín se habían clavado algunas de aquellas flechas.

Era, literalmente, un acerico humano. De pronto, Merlín lanzó un horrible ronquido y cayó al suelo.

Bray sintió un escalofrío. Había estado a punto de disparar con el pie aquella mortífera trampa, en la que no sólo no había pensado, sino que ni siquiera se le había ocurrido sospechar.

A pocos pasos tras él, sonó un gemido. Evelyn acababa de desmayarse, Wills la sostuvo en sus brazos.

Los porteadores parecían petrificados por el espanto. Reaccionando, Bray se acercó al caído. Horrorizado pudo apreciar que no menos de cincuenta flechas estaban clavadas en el cuerpo del desdichado Merlín.

Pero el horror no había concluido. De pronto, Bray se dio cuenta de que el cuerpo de Merlin empezaba a hincharse con monstruosa rapidez.

Roberts corrió a su lado y contempló al caído.

—¡Qué cosa tan espantosa! —exclamó.

Bray le miró coléricamente.

—Tal vez ese hombre estaría aún vivo, si usted no me hubiese ordenado cambiar el rumbo —dijo.

—¡El mapa no miente! —contestó Roberts altaneramente—. Ésta es la mejor ruta, ¿me ha oído? Pero si hay trampas, marcharemos con todo cuidado y procuraremos inutilizarlas antes de que causen víctimas.

Detrás y en tomo de los dos hombres sonaban comentarios que expresaban el espanto que producía el espectáculo de Merlin, hinchándose horriblemente. Las ropas del muerto empezaron a rasgarse, rotas por la dilatación del cuerpo.

Luego se produjeron varias sordas explosiones. La cabeza, el pecho y el vientre estallaron repugnantemente. Stella se retiró a un lado, se apoyó en un árbol y vomitó.

—¡Una pala, una pala! —pidió Roberts a gritos.

Bray contempló unos instantes aquel horrendo espectáculo. El cuerpo de Merlin había explotado de una forma literal y todas las

vísceras y los músculos, deshechos y desintegrados, se habían esparcido por la tierra, formando una repugnante masa sanguinolenta, entre la que blanqueaban los huesos siniestramente. Incluso el cráneo había saltado en pedazos, como si alguien hubiese colocado en su interior una pequeña bomba.

—Traigan una lona —dijo Bray—. Es lo mejor, antes de echar tierra… que es, realmente, lo único que se puede hacer por este desdichado.

* * *

La lona cubrió aquellos horribles restos y fue a su vez cubierta con una gran cantidad de tierra. Bray fue uno de los que más trabajaron en la macabra operación. Algo alejados del lugar, estaban Wills y Evelyn, quien el ayudante se esforzaba en hacer reaccionar.

Cuando el cuerpo de Merlín quedó completamente cubierto por un gran montón de tierra, Roberts dijo que, en lo sucesivo, sería cosa de tener cuidado con las posibles trampas que quizá encontrasen en el camino.

—¿Lo dice el mapa? —preguntó Bray sarcásticamente.

—Por supuesto que no, aunque es de prever más trampas —respondió el arqueólogo.

—Los amigos de Ray Merlin no le miran a usted con demasiada simpatía, profesor. He oído algunos comentarios y ninguno es favorable a la decisión del cambio de ruta.

Roberts se encogió de hombros.

—Usted es el guía y yo soy el que manda en la expedición —dijo altaneramente.

—Y, por supuesto, voy a ser yo el que vaya en cabeza y detecte las trampas, ¿no es cierto?

Una sonrisa burlona apareció en los labios de Roberts.

—Creo que cobra por ese trabajo —dijo.

Bray contuvo los deseos que sentía de asestar un buen puñetazo en la nariz del profesor. Volviéndole la espalda, sacó su cuchillo y buscó una rama larga y recta, terminada en una pequeña horquilla, con la cual tantearla todos los lugares que estimara sospechosos.

Stella corrió hacia él.

—No vayas el primero —rogó ansiosamente.

Bray sonrió.

—Tengo que hacerlo —contestó—. No te preocupes; ahora ya sabemos que puede haber trampas y conseguiremos evitarlas.

Se volvió hacia los demás y agitó una mano.

—¡En marcha! —dijo.

Pero sólo se movieron los blancos. Los porteadores nativos permanecieron quietos, absolutamente inmóviles, rígidos como estatuas.

—Vamos, muchachos, ya no hay peligro —dijo Bray, tratando de animar a los porteadores.

Sin embargo, ninguno de los nativos se movió. Roberts lanzó una exclamación de cólera.

—Tendré que hacerme un látigo con una cuerda y hacerlos andar a fuerza de golpes —gritó.

De pronto, sonó un agudo chillido:

—¡No están vivos! ¡Han muerto!

Bray se volvió. Evelyn, con los ojos dilatados por el terror, señalaba al nativo que tenía más cerca. La mujer ofrecía el aspecto de hallarse a punto de sufrir un ataque de histeria.

—Sujétela, Clem —ordenó a Wills, mientras él se acercaba al nativo.

Era, precisamente, el porteador que la víspera había manifestado sus aprensiones por hallarse en las cercanías del país de los hwassi.

—Vamos, Mbago, no temas… Yo iré en cabeza y evitaré que nada ni nadie nos cause el menor daño…

Pero Mbago no contestó. Tenía los ojos fijos en un punto invisible, un tanto vidriados, y su cuerpo presentaba la absoluta quietud de una estatua.

Bray tocó su brazo.

—Mbago, contesta de una vez…

De repente, dio un salto hacia atrás. Le parecía que había tocado el brazo de una estatua de madera de ébano.

Stella, dominando su temor, se acercó. Como Bray, tocó el brazo y se asombró de la increíble dureza de la carne que, repentinamente, parecía haberse trocado en una sustancia inorgánica, con la consistencia del mármol.

Bray golpeó al semidesnudo pecho de Mbago con los nudillos. Los golpes resonaron como si hubiesen sido dados a una estatua de

piedra.

Se pasó una mano por la frente. ¿Qué era lo que había provocado aquel extraño fenómeno? ¿Por qué cincuenta porteadores se habían convertido de súbito en otras tantas estatuas?

Hizo la prueba con algunos nativos próximos. Todos, todos parecían de piedra.

—Están hechizados… —sollozó Evelyn.

Roberts se mordió los labios. Sentíase terriblemente desconcertado y no sabía cómo reaccionar.

De pronto, se oyó una voz clamorosa:

—¡Esos hombres no son dignos de traspasar los límites de nuestro país!

Bray y Stella se volvieron al mismo tiempo. A veinte pasos de distancia, como surgido del seno de la tierra, se veía la figura de un hombre de color, extrañamente ataviado, que empuñaba con la mano derecha un enorme cayado.

—¡Revivid! —ordenó el desconocido.

Los porteadores se movieron y respiraron. El desconocido emitió una segunda orden:

—¡Marchaos!

En unos segundos, el lugar quedó casi completamente desierto. Sólo permanecían allí los componentes de la expedición, pertenecientes a la raza blanca, y el desconocido.

* * *

Era un hombre altísimo, delgado, de edad indefinible, pero robusto y bien proporcionado. Vestía una túnica roja, con adornos en negro y blanco, y el cayado era la reproducción de una gran serpiente, de más de dos metros de largo y con la cabeza en ángulo recto con el resto del cuerpo.

—Yo soy
Djah'nu
—se presentó el extraño individuo—, y estoy dispuesto a llevaros al país de los hwassi.

Roberts avanzo hacia él.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué has ordenado a nuestros porteadores que se marchasen? ¿Tienes alguna autoridad sobre nosotros? —preguntó airadamente.

Djah'nu sonrió de un modo extraño.

—Yo soy El-que-manda, por orden y con permiso de Kheffis, mi reina —contestó—. Y mis órdenes no se pueden desobedecer, so pena de la vida.

«¡Kheffis!», repitió Bray mentalmente. Ni siquiera a Stella había mencionado el otro nombre que empleaba Jane N'Wana.

Y ahora se proclamaba reina…, ¿cómo descendiente tal vez de Kheferti, la autoexiliada del Nilo?

—De modo que tú nos vas a llevar al país de los hwassi. ¿Acaso eres un hwassi? —preguntó Roberts.

—Sí. Llegaréis con absoluta seguridad. Sólo se os pide obedecer mis órdenes.

—Espera un momento —pidió el profesor—. Tengo aquí un mapa. Tú me pareces persona instruida. Quiero que me aclares algunos puntos oscuros que no acabo de entender bien…

Bray se pegó una palmada en la frente.

—Y ese mapa era el que debía llevarnos sin riesgos hasta el otro lado de los Dientes del Lobo —murmuró.

Mientras hablaba, Roberts había sacado el mapa y lo desplegó delante del hwassi. De súbito, Djah'nu movió el cayado y la picuda cabeza de la serpiente rozó el mapa.

Una viva llamarada surgió de inmediato en las manos de Roberts, quien soltó instantáneamente el mapa ardiendo, a la vez que lanzaba una maldición. El hwassi sonrió con aire desdeñoso.

—No hace falta ningún mapa —dijo.

De pronto, un hombre avanzó hacia Djah'nu con expresión retadora.

—Tampoco nos hace falta un timador como tú —exclamó Fred Nylee despectivamente—. Para los tipos de tu especie, yo tengo un remedio que no falla jamás.

Nylee llevaba un revólver a la cintura y lo sacó de la funda. Antes de que pudiera ponerlo horizontal, la cabeza de la serpiente rozó el metal del arma.

Un cartucho estalló con sonoro estruendo. Los cinco restantes

explotaron en rapidísima sucesión, con gran estruendo. Nylee, aterrado, lanzó el revólver deformado por las explosiones todo lo lejos que pudo.

—No vuelvas a intentar dañarme o morirás —dijo Djah'nu tranquilamente.

Nylee retrocedió un par de pasos, terriblemente asustado. De pronto, el hwassi movió su báculo.

Como por arte de magia, un centenar de hombres de ébano, todos ellos altos y atléticos, surgieron de la espesura, en completo silencio, sin pronunciar una sola palabra. Stella creía hallarse en el centro de una pesadilla, sin saber deslindar la fantasía de la realidad.

Ocho de los recién llegados eran portadores de dos andas, provistas de unos rústicos asientos. Cada una de las andas era destinada a una mujer y transportada por cuatro hombres. Djah'nu se acercó a Evelyn, hizo una profunda inclinación y señaló el asiento que le estaba destinado.

Evelyn, como hipnotizada, aceptó la mano que le tendía el hwassi y dio unos pasos. Luego se sentó en el asiento, de madera, forrado con pieles de leopardo, y los cuatro porteadores, sin despegar los labios, alzaron las andas y se pusieron en movimiento.

A Stella le ocurrió algo muy similar. Luego, Djah'nu se colocó a la cabeza de la columna y echó a andar, sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Los demás le siguieron mansamente, sin rechistar. Bray, sin embargo, se volvió en una ocasión para mirar a sus nuevos porteadores. Eran seres que se movían automáticamente, como máquinas. ¿O tenían órdenes estrictas de Djah'nu de portarse de aquella forma tan extraña?

CAPÍTULO VIII

La selva había aclarado un poco más cuando acamparon a la noche. Bray, pese a todo lo ocurrido, no descuidó sus deberes. Pero cuando estaba revisando la linde del campamento, se le acercó
Djah'nu.

—No será necesaria la vigilancia —dijo—. Nadie nos atacará.

Bray le miro fijamente.

—Hay fieras —alegó.

—Las fieras son siempre mansas dondequiera que yo esté.

Había un fuego especial en los ojos del hwassi. A Bray le pareció que sus pupilas eran dos brasas. Aunque se sintió tentado de protestar, prefirió no hacerlo.
Djah'nu
sonrió.

—Eres prudente —dijo—. El hombre prudente goza de una larga vida.

Ya no dijo más. Giró sobre sus talones y se alejó.

Momentos después, Bray le vio charlar con Evelyn. La mujer parecía enormemente complacida de sentirse en compañía del altísimo hwassi.

—¿Quién lo dijera? —Exclamó Stella de repente—. Esa mujer, en su país, no miraría a un hombre de color, a menos que perteneciese a su servidumbre, y aquí, ya ves, parece beber los vientos por él.

—Es el exotismo —contestó Bray—. A Evelyn le gusta la novedad, todo lo que se sale de lo corriente. En cambio, quien no se siente muy a gusto es Roberts.

Stella volvió la cabeza un poco. El arqueólogo se hallaba a una veintena de pasos de la pareja compuesta por Evelyn y el nativo. Stella pudo apreciar en el rostro de Roberts la cólera más absoluta.

—¿Qué pasa? —murmuró—. ¿Siente celos?

—Es probable —sonrió Bray—. A lo que parece, ha llegado a pensar que Evelyn es de su propiedad.

—Ella piensa de muy distinta forma, me parece.

—Puede ser —convino Bray—; y me gustaría saber por qué le pegó una bofetada. Se lo preguntaré en cuanto pueda.

—De todos modos, Djah'nu es un hombre que me da miedo —dijo la joven—. ¿Viste lo que hizo con el mapa y el revólver? ¿Qué me dices de los porteadores hwassi? No parecen seres humanos, aunque también podría decirse que son cuerpos sin alma. ¿No te da esa sensación, Larry?

—Diríase que sus almas están en poder de Djah'nu. Es un hombre con una mente poderosísima, no cabe la menor duda.

—Entonces, ¿opinas que lo que ha hecho con su báculo es solamente sugestión?

—Casi seguro. De todos modos, una cosa es cierta: Djah'nu es el amo ahora.

Stella asintió. En aquel momento, vio que Evelyn y el hwassi se perdían de vista en la oscuridad.

Los puños de Roberts se crisparon. Bray lo observó atentamente y pudo ver que se acercaba a uno de los miembros de la expedición y se lo llevaba aparte.

Roberts y el individuo, llamado Dave Cowles, charlaron algunos minutos. En un principio, Bray creyó observar cierta resistencia en Cowles a las palabras que le dirigía el arqueólogo. Finalmente, Cowles acabó por asentir.

Más tarde, todos se tendieron a dormir. Bray se sentía inquieto y nervioso y no podía conciliar el sueño. Algunos de los expedicionarios, Merlin, Cowles y otros estaban cerca de él y tampoco dormían.

Nylee lanzó de pronto una interjección.

—Ese maldito mono negro… Lo que hizo fue un truco, simplemente.

—Sí, pero el revólver te explotó en la mano.

—Entonces, ¿cómo diablos la tengo sana? ¿Qué crees tú que le

pasaría al hombre que le explotasen seis cartuchos de su revólver? Se quedaría sin mano, ¿verdad? Eso por lo menos…

—No te preocupes, Fred —dijo Cowles lánguidamente—. El negro dejará de ser pronto un problema.

—¿Qué tratas de decirme, Dave?

—Ya lo he dicho. De todos modos, Djah'nu me preocupa bastante menos que algunos de los que estamos aquí, y tú ya puedes imaginar las causas.

—Si es verdad lo que dijeron de Los Dientes del Lobo, podemos volver inmensamente ricos…

Bray tensó sus músculos. De modo que era aquello… no se trataba meramente del interés arqueológico, de esclarecer ciertos aspectos de la historia antigua… Había accedido a guiar la expedición, pero, en realidad, se había convertido en el conductor de un grupo de vulgares piratas, cazadores de tesoros…

Así se explicaba el aspecto de aquellos individuos, que tenían de todo menos de arqueólogos o historiadores. Y Roberts debía de saberlo e incluso lo había consentido, cuando no fomentado.

Por un instante, se sintió tentado de volverse, pero, sin saber cómo, pensó en Kheffis. Debía seguir adelante, porque era preciso evitar que la hermosa africana sufriese daños. Y si se interponía entre aquellos forajidos y los tesoros que indudablemente había en alguna parte, la matarían sin piedad.

El cansancio lógico de una jornada de marcha a pie hizo presa en él y se durmió. Por eso no pudo ver que, horas más tarde, Dave Cowles se arrastraba lentamente por el suelo, sin hacer el menor ruido, hasta alcanzar las inmediaciones del lugar donde dormía Djah'nu.

Entonces, muy despacio, sacó el cuchillo. El metal brilló sangrientamente al reflejar las brasas de una hoguera cercana.

Cowles se arrodilló y cubrió así los últimos metros. Al fin, llegó junto al inmóvil hwassi.

De súbito, cuando iba a descargar el golpe, el báculo con figura de serpiente cobró vida y ataco.

Cowles lanzó un horripilante alarido al sentir la mordedura del reptil en el lado izquierdo del cuello. Se puso en pie, gritando frenéticamente, olvidado ya del cuchillo, agarrándose el cuello con

ambas manos, mientras daba unos pasos de beodo a derecha e izquierda.

Los gritos despertaron a los durmientes, excepto a uno que había contemplado la escena a prudente distancia. Bray se puso en pie de un salto y corrió hacia el hombre que ya estaba arrodillado, presa de insufribles dolores, causados por la acción del veneno de la serpiente en su organismo.

Djah'nu
se interpuso de pronto en el camino del joven.

—Déjelo —murmuró—. Nada se puede hacer por él. Ha sido picado por una serpiente venenosa.

Cowles cayó de pronto a un lado, pataleando espantosamente. De pronto, arqueó el cuerpo un par de veces y se quedó quieto.

Los ojos de Bray se fijaron en el báculo del hwassi.

Djah'nu
sonreía extrañamente.

—Es sólo un palo pintado —dijo.

Y lanzó el báculo hacia Bray. La mano del joven lo atrapó al vuelo, antes de que se le ocurriera concebir la idea de rechazar el inesperado obsequio. Sin embargo, ello le permitió darse cuenta de la dureza del material con que había sido construido el báculo.

Algunos de los expedicionarios corrían hacia el lugar donde yacía el cuerpo de Cowles, cuya piel se ennegrecía rápidamente. Wills tuvo la serenidad suficiente para arrojar algunas ramas secas a la hoguera más próxima, con lo que la luz aumentó considerablemente. Roberts acudió, portador de un farol encendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Djah'nu
sonreía.

—Su enviado no tuvo tiempo de darme el mensaje, profesor —contestó—. Una mamba le picó en el camino.

La cara de Roberts se puso gris. De pronto. Bray concibió una idea.

—
Djah'nu
—dijo—, voy a comprobar si el báculo es solamente un palo pintado.

Y se volvió, dispuesto a arrojarlo a las llamas de la cercana

hoguera, pero antes de completar el gesto, una mano de enorme fuerza se lo arrebató con toda facilidad.

—A usted no le gustaría que lanzasen al fuego un objeto apreciado, ¿verdad? —dijo
Djah'nu
—. Créalo o no, tengo verdadero cariño a este báculo… y no es una serpiente venenosa, pese a lo que algunos puedan creer.

Bray pareció reservarse su opinión. De repente, se dio cuenta de un detalle que le había pasado desapercibido hasta el momento.

Los porteadores nativos continuaban durmiendo, ajenos por completo al escándalo originado por la muerte de Cowles.
Djah'nu
pareció adivinar los pensamientos del joven.

—Despertarán cuando yo lo ordene —dijo.

Bray apretó los labios y dio media vuelta. Evelyn contentaba la escena, envuelta en su bata, desde la entrada de la tienda. Parecía fascinada por lo que estaba sucediendo. A Bray le dio la sensación de que la dama se hallaba bajo la poderosa sugestión del hwassi.

De pronto, Roberts movió una mano.

—Bueno, muchachos, hay que buscar las palas —dijo—. Ya no podemos hacer nada por el pobre Dave, salvo enterrarlo cristianamente.

Fred Nylee cargó con una de las palas y se alejó un poco del campamento, en busca de un lugar medianamente despejado. Los otros se le reunieron a poco.

La pala de Nylee hundió el filo en la tierra blanda y esponjosa. El pie del sujeto se apoyó en el borde superior.

Antes de presionar, murmuró:

—Ese maldito negro puede ser un brujo, no lo niego…, y hasta es posible que tenga a su serpiente hipnotizada, mientras a él le conviene. Os aseguro, muchachos, que vi con mis propios ojos cómo la serpiente mordía al pobre Dave en el cuello. ¡El báculo se volvió un reptil, lo juro!

Los ojos de Nylee despidieron un fulgor de odio infinito.

—Ya han muerto dos de los nuestros —continuó—. Sí, el negro puede ser un brujo… ¡pero no hay brujería capaz de resistir el impacto de un buen pedazo de plomo en la sesera!

* * *

La marcha se reanudó al día siguiente bajo el signo del temor y la aprensión. Todos guardaban silencio. Nadie se atrevía a despegar los labios. La única que parecía optimista era Evelyn.

La Sierra de los Dientes del Lobo se acercaba cada vez más, aunque era obvio que quedaría al norte cuando ellos iniciasen la travesía al país del otro lado. Cerca del mediodía, Djah'nu, que caminaba en cabeza, como de costumbre. Izó el báculo, como ordenando hacer alto.

La comitiva se detuvo en el acto. Stella saltó al suelo desde las andas, contenta de poder estirar las piernas.

Bray se acercó al hwassi.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Es hora de tomamos un pequeño descanso —respondió—. Dentro de treinta minutos, atravesaremos el río del Agua de Plata. A partir de este punto, quedará poco más de una jornada para llegar… al sitio que ustedes desean.

Bray asintió. No valía la pena seguir hablando con el hwassi y se alejó.

Roberts charlaba en aquel momento con Evelyn, pero la dejó a los pocos instantes. De pronto, Bray sintió la necesidad de hablar con la mujer.

—¿Le importaría contestarme a una pregunta? —consultó.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Estoy a su disposición, amigo mío —contestó—. ¿Qué le parece el viaje? Excitante, maravilloso, lleno de emoción y colorido, ¿no cree? Tendré tanto que contar cuando vuelva a Los Ángeles… Incluso puede que me decida a escribir un libro, ayudada por un profesional, claro… ¿No se ha dado cuenta de que constantemente estoy tomando fotografías? —señaló la cámara que pendía sobre su opulento seno.

—Pero han muerto algunas personas —dijo Bray, muy serio.

—Era imposible de evitar, y menos de prever, ¿no cree?

—Evelyn, voy a preguntarle algo y deseo me conteste con absoluta sinceridad. ¿Está claro?

Ella le miró con curiosidad.

—¿Sucede algo malo? —inquirió.

—Según se mire… —dijo él con soma—. Hace algunas noches, el

profesor discutió con usted. La discusión terminó con una sonora bofetada.

Evelyn se echó a reír.

—Querido Larry, si hay algo que deteste es que un hombre trate de imponerme su voluntad —contestó—. No puedo evitar ser todavía joven y atractiva… e inspirar ciertos sentimientos a Irving, quien no me mira precisamente como si mirase las ruinas de un castillo medieval. Pero de eso a permitirle que me avasalle, hay una distancia abismal.

¿Lo comprende ahora?

—¿Permitiría ese avasallamiento si procediese de Djah'nu? ¿O sólo busca en él la nota exótica?

Evelyn rió de un modo singular. Era una mujer muy rica, pero también vanidosa e inconstante. Una devoradora de hombres, en suma, que utilizaba el poder de su enorme fortuna para conseguir sus caprichos.

—Djah'nu es un ser excepcional —contestó Evelyn—. Pero, Larry, usted también lo es… y no irá a sentirse ahora celoso de Djah'nu, ¿no es cierto, amigo mío?

Bray quiso contestar algo, pero no tuvo tiempo. Un sonido, seco, restallante, cortó su respuesta.

Era el estampido de un arma de fuego.

CAPÍTULO IX

Bray volvió la cabeza instintivamente, mientras Evelyn lanzaba un chillido de terror. De pronto, Bray divisó a Djah'nu en pie, rígido, a veinte pasos de distancia. Brotaba un chorro de roja sangre del lado izquierdo de su cuello, pero no parecía haber advertido la herida.

Súbitamente, sonó otra detonación. Bray divisó claramente el impacto y la horrible explosión de salida, causada por el pesado proyectil. Huesos, sangre y masa encefálica volaron por los aires en espantosa mescolanza.

Y entonces, Djah'nu se desplomó al suelo como una masa inerte, sin un solo movimiento.

El cayado se desprendió de su mano. Nylee surgió en aquel instante de la espesura, chillando frenéticamente:

—¡Lo dije, lo dije! ¡No hay brujería que pueda contra las balas! ¡Ahora, ese maldito asesino está muerto…!

Alguien lanzó de repente un tremendo alarido:

—¡Cuidado, Fred! ¡La serpiente!

Bray sintió que se le ponían los pelos de punta. El báculo había cobrado vida. Ahora era una serpiente que se movía velozmente hacia el autor de los disparos, con casi la mitad del cuerpo erguido, separado del suelo y los colmillos venenosos listos para inyectar el mortífero veneno en las venas de su víctima.

Pero Nylee reaccionó con sorprendente rapidez y, volviendo el rifle del revés, lo empuñó como si fuese un bastón de golf, para asestar un terrible golpe al reptil, en la unión del cuello con la cabeza.

La serpiente salió despedida a unos pasos. Como si hubiese perdido la razón, Nylee saltó sobre el animal, que se debatía ferozmente y, alzando el rifle, descargó un tremendo golpe con la culata sobre el cráneo del reptil.

La cabeza de la serpiente quedó aplastada, pero, en el mismo instante, sonó un disparo.

Nylee se estremeció horriblemente.

—¡Oh, Dios! —exclamó.

Stella se tapó los ojos con las manos. Nylee tenía la boca desmesuradamente abierta y parecía querer gritar, pero no brotaba ningún sonido de su garganta. En su pecho, una mancha roja se agrandaba con enorme rapidez.

Bray saltó hacia el individuo, con ánimo de auxiliarle, pero llegó tarde. Nylee se desplomó al suelo, pateó un poco y luego se quedó definitivamente quieto, casi junto al cadáver de
Djah'nu.

Un profundo silencio se abatió sobre el lugar. Evelyn estaba palidísima y daba la sensación de ir a desmayarse de un momento a otro. En cuanto a Roberts, estaba apoyado en un árbol, porque sentía sus piernas carentes de fuerza para sostenerle.

De repente, el silencio fue quebrado por un agudo grito de Stella:

—¡Larry, mira!

Bray vio que la joven señalaba con la mano un punto situado a sus espaldas. Giró en redondo y retrocedió un paso instintivamente.

Junto a él, sonaron varias exclamaciones. Bray se preguntó si lo que sucedía era fruto de su imaginación o si se trataba de algo real.

Todos los porteadores hwassi vacían en el suelo, sumidos en lo que parecía la absoluta inmovilidad de la muerte.

* * *

Bray regresó junto al grupo de los expedicionarios, un tanto separado de aquella colección de cuerpos inmóviles. Wills estaba junto a Evelyn, hablando con ella en voz baja, como si tratase de darle ánimos.

Los compañeros de Nylee formaban un pequeño grupito, algo apartado, todos ellos visiblemente amedrentados, pero con las manos firmemente cerradas en tomo a sus rifles. Roberts parecía

algo más sereno, aunque evidentemente un tanto desconcertado por los acontecimientos.

Stella, por su parte, miró al joven y confió implícitamente en él.

—No hay ninguno vivo —dijo Bray.

—Pero… ¡eso es imposible! —Estalló Roberts—. No pueden morir cien hombres en una fracción de segundo, sólo porque otro haya recibido dos balazos…

Bray señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Compruébelo si quiere —dijo—. He examinado media docena de cuerpos, procurando hacerlo en distintos puntos. En todos ellos he observado lo mismo: su corazón no late y sus pulmones no respiran. Supongo que sabe de sobra lo que significa esto, profesor.

—¿Quiere decir que… esos hombres vivían sólo porque Djah'nu lo quería? —Balbució el arqueólogo—. ¿Es posible que la mente de un hombre pueda tener un poder semejante?

—Estamos en África, profesor, y en una región, además, que yo calificaría de inexplorada. ¿Acaso no recuerda lo que Djah'nu hizo con los primeros porteadores? Primero los paralizó, convirtiéndolos literalmente en piedra… y luego les ordenó revivir y marcharse… y obedecieron. No encuentro ninguna justificación para esos sucesos, pero han ocurrido y todos los hemos visto.

—Sí, es verdad —admitió Roberts cansadamente—. Suceden cosas que no podemos explicarnos con razonamientos lógicos…, pero hemos venido a África con una misión y la llevaremos a cabo hasta su culminación.

—Para eso me contrataron, profesor —respondió Bray llanamente.

En aquel momento, Evelyn y Wills se acercaron a los dos hombres.

—Si hemos de seguir adelante —dijo ella—, se nos plantea un grave problema: el transporte de los pertrechos.

—El reino de Kheferti está cerca, jornada y media de viaje —declaró el joven—. Realmente, no necesitamos llevarnos más que lo indispensable; a lo sumo, sólo pernoctaremos al aire libre dos noches antes de alcanzar nuestro objetivo.

—Yo llevare el equipo de la señora Vandbilt —se ofreció Wills

galantemente.

Evelyn agradeció el gesto con una cálida sonrisa. Bray observó que Roberts fruncía el ceño, evidentemente disgustado, aunque tuvo la suficiente presencia de ánimo para no contestar de forma intemperante.

—Pero creo que nos encontraremos con un grave inconveniente —dijo Stella.

Varias cabezas se volvieron hacia la joven. Stella, consciente de la expectación que despertaba, añadió:

—Djah'nu ha muerto. Él conocía nuestra ruta…, pero quemó el mapa, como recuerdan todos, me parece.

De pronto, Roberts sonrió de un modo singular. Metió la mano en el interior de su camisa y sacó un papel plegado en cuatro dobleces.

—Señoras, caballeros, no niego las prodigiosas facultades del hombre que se llamó Djah'nu, pero creo que todos ustedes admitirán que no soy tonto precisamente —dijo, rebosante de orgullo—. Cuando a uno le entregan una joya, como es el mapa de la ruta al reino de Kheferti, lo menos que puede hacer es obtener una copia, en previsión de extravío o destrucción del original.

—Vaya, que callado se lo tenía usted, Irving —exclamó Evelyn.

—Me gusta ser prevenido —contestó el arqueólogo—. Ciertamente, dentro de poco cruzaremos el río del Agua de Plata, pero, a partir de este punto, el camino será sumamente fácil. Señor Bray, quiero que vea que confío en usted. Aquí tiene el mapa. A partir de este momento, todos estamos a sus órdenes.

A Bray, aquellas untuosas palabras le dieron muy mala espina. Roberts no actuaba de tal forma por altruismo. Pero no tenía el medio de desvelar sus intenciones, al menos en aquellos momentos.

Tomó el mapa y lo guardó dentro de la camisa, ya que era grande para los bolsillos. Al hacerlo, tocó sin querer el amuleto que Kheffis le había entregado meses antes. Se preguntó si volvería a ver a la hermosa africana.

—Está bien —dijo—. Seleccionaré los objetos de mayor utilidad.

El resto, quedará aquí, convenientemente oculto, para aprovecharnos al regreso.

—En Los Dientes del Lobo conseguiremos porteadores —dijo Wills.

—Es posible.

Bray dirigió una mirada a Stella. La joven sonrió suavemente.

—Siento que las damas tengan que padecer algunos inconvenientes a partir de ahora, pero espero sepan disculparlo hasta nuestra llegada al punto de destino —dijo Bray.

—No se preocupe, Larry —contestó Evelyn—. Todo lo daremos por bien empleado con tal de conseguir el collar de la reina Kheferti.

«Si esto es una expedición arqueológica, yo soy un lama del Tibet», pensó Bray.

Se acercó a los otros tres sujetos, que permanecían en una actitud reticente, casi hostil.

—Es preciso enterrar a Nylee y Djah'nu —dijo—. Luego seleccionaremos los pertrechos…

Ben Holt escupió desdeñosamente a un lado.

—Cavaré una tumba para el pobre Fred, pero no sueñe que gaste una sola gota de sudor en enterrar a aquel maldito brujo —declaró, tajante—. Lo único que siento es que Fred no haya vivido lo suficiente para ver muertos a todos los demás.

Bray se encogió de hombros.

—Como quiera, Ben —contestó—. Pero no olviden que, a partir de ahora, el que manda soy yo. Y, en el lugar de ustedes, no me quejaría de lo que les pasó a Cowles y a Nylee. No apreciaban demasiado a Djah'nu, ¿verdad?

Los tres sujetos se pusieron en movimiento. Bray tenía la seguridad de que la muerte de Djah'nu no había sido el producto de un sentimiento de odio insano. Alguien la había instigado.

¿Roberts?

¿Por qué?

* * *

—¿Por qué? —le preguntó Stella mucho más tarde, cuando ya iniciaban la marcha, en cabeza de la pequeña columna y algo separados de los demás.

—Stella, aparte de las cosas sobrenaturales que no sabemos explicarnos, ocurren otras, que son producto de la voluntad de las personas y obedecen a causas perfectamente lógicas. Lo que sucede es que no conocemos bien esas causas, ¿comprendes?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué me dices del mapa? ¿Quién se lo dio a Roberts? —murmuró.

—He intentado sondearle en más de una ocasión. Jamás ha querido responderme —dijo Bray—. Se lo dio Jane, y eso es todo lo que sabemos.

—Podrías preguntarle a Evelyn, Larry —sugirió Stella.

—Lo intentaré, aunque sospecho que no conseguiré nada.

—¿Lo crees así?

—De la forma que sea, y conocemos sólo parcialmente, Roberts consiguió no sólo el mapa, sino la información sobre la historia de la reina Kheferti. Ahora bien, al no obtener la ansiada subvención de la Universidad, buscó la ayuda de Evelyn. Esta financia el viaje, todos lo sabemos; pero, si en un momento pudo sentirse inclinada sentimentalmente hacia Roberts, ahora sus pensamientos están encaminados a otro hombre.

—Wills —dijo Stella.

—Sí.

—Pero eso no aclara mis dudas…

—Te diré. Roberts es presuntuoso y egoísta, pero también lo suficiente astuto para no dar demasiada información ni siquiera a Evelyn. Aparte de ello, sospecho que los dos, en cierto modo, se han engañado recíprocamente. Cada uno pretende para sí, más que la gloria del descubrimiento científico, las riquezas del botín.

—Ahora sí voy entendiendo, Larry —sonrió la muchacha—. No obstante, hasta que no sepa cómo consiguió Roberts la información, creo que no dormiré tranquila.

—Evelyn, si sabe algo, callará, tampoco es tonta. Aunque sí muy voluble.

—Intentó conquistarte, Larry.

—Y Roberts se enfadó y recibió como premio un magnífico sopapo —rió él—. Pero es una mujer a la que le gusta reunir ciertos trofeos. Puede que en la historia de sus conquistas figure un brujo africano que se llamó
Djah'nu.

—Vaya, no se pierde una —exclamó Stella.

De pronto, Larry tendió el brazo.

—Querida, duermas o no por culpa de esos enigmas, esta noche descansarás al otro lado de ese río —indicó.

* * *

El río del Agua de Plata merecía bien el nombre que le había dado el hwassi. En aquel punto, corría por un hondo desfiladero, de paredes casi verticales, y el reflejo del cielo confería tonos plateados a las aguas, aun en la proximidad del ocaso. Para Bray, sin embargo, la contemplación del panorama era algo secundario.

Evelyn se adelantó y tomó algunas placas con su cámara. Bray contempló con cierta aprensión el rústico puente colgante, hecho de tablas cortadas y desbastadas sin demasiada precisión, unidas y sostenidas por gruesas sogas de fibras vegetales.

La distancia del puente al río, en el punto de máxima flexión hacia abajo, era de unos sesenta metros. El cauce parecía muy profundo, pero tan sólo el impacto de un cuerpo contra el agua bastaría para producir la muerte.

—Yo pasaré el primero —dijo.

Stella trató de objetar la decisión del joven, pero no se atrevió, considerando que Larry iba a hacer algo que entraba en sus deberes. Llena de temor, contempló el puente, largo de casi cien metros y de una anchura apenas superior al cuerpo de una persona.

Bray puso el pie en la primera tabla. Luego, paso a paso, agarrando con ambas manos las sogas que formaban la barandilla, continuó su camino, deteniéndose de cuando en cuando para tantear las tablas, algunas de las cuales le parecían en muy mal estado.

Sin embargo, remató la travesía con toda normalidad. Stella respiró aliviada al verle en tierra firme.

—Tendrán que pasar de uno en uno —gritó Bray desde la otra orilla—. Nunca dos al mismo tiempo, ¿entendido?

Roberts hizo un gesto de asentimiento e inició la travesía. Stella le siguió momentos después, Holt y los otros dos, Ritchie y Cadogan, pasaron cuando les llegó el turno.

Evelyn y Wills habían quedado los últimos. Ella dio un paso, pero se retiró vivamente al contemplar el río, que parecía correr a enorme profundidad.

—Vamos, Evelyn —dijo Wills—. Anímese…

—No puedo… Siento vértigo…

—¡Pase, Evelyn! —gritó Bray, que se había dado cuenta de las vacilaciones de la mujer.

—Evelyn, pasaremos los dos juntos —sonrió Wills—. Cierre los ojos y agárrese con una mano a la cuerda de su lado. Yo le indicaré dónde hemos de poner los pies, ¿estamos?

Ella asintió, temerosamente. Wills le puso una mano en la cintura y, agarrándose con la mano libre a la soga, dio el primer paso.

Bray contemplaba la operación con gesto expectante. Por fortuna, pensó, Evelyn era una mujer que se había preocupado mucho de su línea. En cuanto a Wills, era más bien delgado y no demasiado corpulento, pese a su elevada estatura. El peso, por tanto, no parecía excesivo.

De pronto, cuando ya habían rebasado la mitad del puente, se oyó un chasquido.

Evelyn lanzó un chillido de terror. Wills la sostuvo firmemente.

Bray se despojó de su carga, aprestándose a intervenir para socorrer a la pareja. Por fortuna, no ocurrió nada.

Wills, con notable serenidad, sostuvo a Evelyn hasta conducirla sana y salva a lugar seguro. Una vez puso los pies en tierra firme, Evelyn se dejó caer al suelo, sollozando casi histéricamente:

—¡Nunca, nunca más volveré a pasar por ese maldito puente!

Bray miró a Stella y le hizo un gesto con la cabeza. La joven comprendió y se arrodilló junto a Evelyn, para tratar de animarla.

Ya no había ningún peligro, al menos por el momento. Bray llamó a los ayudantes.

—Vamos, es preciso preparar el campamento —ordenó.

Holt, Ritchie y Cadogan empezaron a trabajar en el acto, con sorprendente mansedumbre. Demasiada, pensó Bray, suspicaz.

Confió, sin embargo, en que todo terminase felizmente. El

objetivo estaba ya muy cerca, a menos de dos jornadas de distancia.

CAPÍTULO X

Dos días más tarde, al despertarse, Bray notó a su alrededor un silencio extraño.

No había ya mucha vegetación en aquellos parajes, pero recordaba haber oído la víspera el canto de algunos pájaros. Al amanecer tendrían que estar cantando de nuevo.

Y, sin embargo, todo aparecía silencioso, como si, de repente, se hubiera extinguido la vida animal en muchos kilómetros a la redonda.

El campamento se hallaba a los pies de las estribaciones meridionales de la Sierra, habiéndola ya rebasado hacia el Oeste. Según el mapa, tendrían que caminar una docena de kilómetros, hacia el Noroeste, y allí encontrarían lo que tanto ansiaban y por lo que tantas vidas se habían perdido.

Poniéndose en pie, miró a su alrededor. Los demás dormían todavía.

Se inclinó hacia Stella y la tocó en un hombro. La muchacha Se sentó en el suelo, aún aturdida por el sueño.

—Levántate —murmuró—. Algo sucede.

Wills despertó en aquel instante y pareció advertir la anormalidad. El campamento había sido instalado al pie de una falla rocosa, una especie de escalón tallado por la naturaleza, de unos ciento veinte metros de largo, por cinco o seis de altura media.

Los demás empezaron a abrir los ojos también. Stella se puso en pie y echó el pelo hacia atrás, con un gesto maquinal. De pronto, lanzó un grito:

—¡Larry!

El joven se volvió. Entonces, lleno de asombro, vio el borde del escalón literalmente cubierto por hombres de color, que les contemplaban en absoluto silencio.

Había más de doscientos, calculó Bray a simple vista. Todos eran portadores de largas lanzas, de dos metros y medio, y de escudos pintados de blanco, con algunos adornos en rojo y verde, pero con un círculo negro en su interior, sobre el que se veía la letra K en rojo.

Bray se tocó instintivamente el disco que pendía de su cuello. Roberts y Evelyn se levantaron en aquel instante. Sonaron varias exclamaciones de asombro.

Los guerreros iban desnudos, a excepción de un taparrabos de tela listada en rojo y negro. Lo curioso, pensó Bray, era que llevaban sobre la cabeza una especie de medio turbante, de la misma tela, análogo al que había visto en cientos de representaciones gráficas de los egipcios antiguos.

Aquella indumentaria parecía confirmar la teoría de la reina Kheferti, pensó. Pero, en el mismo momento, el centro de la fila de guerreros se abrió y una alta y esbelta silueta apareció ante los ojos de los expedicionarios.

—¡Kheffis! —exclamó Bray, sin poder contenerse.

La joven sonreía de un modo singular. Vestía una falda larga, abierta por el costado izquierdo, pero su torso aparecía descubierto, a excepción del seno, que se veía cubierto por dos pequeños discos del mismo tejido. En tomo a las sienes, llevaba una cinta de oro, rematada en el frontal por el *ureus* egipcio, el áspid que había sido la divisa de las reinas del antiguo Egipto.

Bray seguía todavía lleno de asombro. Aquellos ojos verdes, el pelo largo y sedoso… compaginaban mal con un cuerpo que, pese a su indudable esbeltez, era de ébano. ¿Qué misteriosa conjunción de razas se había operado en Kheffis?

De pronto, Kheffis movió la mano.

—¡Venid! —ordenó.

* * *

Los guerreros les habían escoltado durante todo el camino, formando dos filas absolutamente silenciosas, a ambos lados de los expedicionarios. Bray marchaba detrás de Kheffis, junto a la cual se hallaban Roberts y Evelyn, acosándola a preguntas.

Bray también se había sentido tentado de hacer preguntas a la joven africana, pero prefirió dejarlo para más adelante. En cierta

ocasión, Kheffis le había dirigido una mirada singular, como indicándole que hablarían más tarde. Bray lo prefería y así se lo había dicho a Stella.

Un par de horas más tarde, atravesaron un estrecho desfiladero, cuyas paredes no medían más de diez o doce metros de altura. Era, sin embargo, un paso muy angosto; apenas si podían caminar dos personas emparejadas. Su longitud tampoco era muy grande.

De repente, asomaron al valle. Bray contuvo un grito de asombro.

Había allí una ciudad entera, un conjunto arquitectónico de extrañas formas, las cuales, no obstante, recordaban vagamente las de ciudades del Egipto antiguo, ya desaparecidas bajo el paso implacable de los siglos. Allí, en cambio, todo se veía perfectamente conservado, actual, lleno de vida…, de seres humanos, hombres, mujeres y niños.

Fascinados por aquel incomparable espectáculo, caminaron a lo largo de una amplia avenida, al final de la cual se divisaba un gigantesco muro de roca, de más de trescientos metros de largo por treinta o cuarenta de alto. En el muro se veían tallabas una serie de columnas altísimas, junto con extrañas figuras, en las cuales aparecía mezclado el antiguo estilo egipcio con el de los artistas nativos. El conjunto, pese a todo, ofrecía una singular belleza.

Había una gran puerta en el centro de aquella fachada. Asimismo, a seis o siete metros del suelo, se veían algunas ventanas. Era indudable que el edificio excavado en la roca viva, además de cumplir con su labor de templo de la religión observada por los habitantes del lugar, era también vivienda.

Probablemente, pensó Bray, era la residencia real…, el palacio de la reina Kheferti.

Y ahora, de su descendiente Kheffis. O Jane
N'Wana,
según se deseara nombrarla.

* * *

Había, indudablemente, un cercano contacto con la civilización moderna, pensó Bray al examinar la habitación que le había sido asignada. La decoración era muy sobria: realmente, consistía en un lecho de piedra, cubierto de abundantes pieles y una mesa larga y

baja que, en caso necesario, podía ser utilizada como asiento. Una cortina permitía cubrir el hueco de la ventana, que carecía de otro cierre, debido, sin duda, a la benignidad del clima.

Lo más sorprendente de todo era que, en una pequeña pieza contigua, había una pileta llena de agua, que se renovaba constante y silenciosamente, por medio de alguna conducción que no quedaba a la vista. Las toallas que vio eran plenamente del siglo XX, colgadas de unos salientes de madera, encastrados en el muro de roca, pero no había más adminículos de aseo en aquel original cuarto de baño.

El agua, pensó Bray, debía de venir de algún depósito superior, tal vez desviada de la corriente de agua que surtía al poblado. Como fuera, el baño le resultó agradable y relajante. Al terminar de vestirse, se sintió como nuevo.

Salió del baño. Entonces vio a Kheffis que cruzaba el umbral de la puerta.

Ella sonreía dulcemente.

—Larry —murmuró, tendiéndole ambas manos.

Bray no se atrevió a pasar de aquel simple contacto. En realidad, no estaba seguro de que todo lo que le había sucedido con Kheffis en Los Ángeles no hubieran sido sino sueños placenteros.

—Me siento infinitamente dichoso de volver a verte —dijo—. Pero ¿he de llamarte majestad?

Ella rió argentinamente.

—Para ti, soy la misma —contestó—. Hasta cierto punto —añadió con acento malicioso.

—Nunca olvidaré…

Kheffis levantó una mano.

—No lo menciones más —prohibió.

—Está bien, como gustes. Pero me agradaría saber tantas cosas… Se han producido hechos tan misteriosos… A veces pensaba que eres terrible…

—Larry, no pienses así de mí. Quizá yo no soy una persona normal; tal vez lo ocurrido te haga creer en mí como una mujer sanguinaria, ávida de las vidas ajenas. No es cierto, te lo aseguro.

Bray se pasó una mano por la frente.

—Vi el esqueleto ardiente, vimos arder a Evelyn… también ardió Randolph McCrann, el hombre que te había insultado tan atrozmente… ¿Qué explicación tienen esos hechos?

—No los originé yo, aunque te cueste creerlos.
Djah'nu
estaba por aquel entonces en Los Ángeles.

—Ah, va entiendo. Era un hombre de unos poderes fenomenales; nos lo demostró durante el viaje…

—Sí, es cierto. Su mente era poderosísima. Durante un tiempo, yo fui su discípula. Me enseñó muchas cosas. Pero él quería algo más.

—¿De veras? ¿Qué era lo que quería?

Kheffis sonrió.

—¿No te lo imaginas?

Bray contuvo el aliento.

—Tú no deseabas que fuera tu esposo —adivinó.

—Justamente. Sentir aprecio y respeto por un hombre, no es lo mismo que sentir amor… y pensar en él como el padre de los hijos que debo tener.

—Creo que voy comprendiendo.
Djah'nu
era un hombre terriblemente celoso y estaba dispuesto a que fueras su esposa. ¡Pero a mí no me hizo nada!

Ella sonrió.

—Llevas un amuleto, Larry, recuerda —contestó.

Bray tocó instintivamente el disco de madera.

—Entonces, me has protegido…

—¿No te he dicho que
Djah'nu
me enseñó muchas cosas? Pero, además, él sabía que tú no serías un rival serio.

—La verdad, no recuerdo haberle visto en Los Ángeles…

—Usaba otro nombre, como yo. Si un día ves la película en que trabajé, le verás a él también como uno de los «extras» que intervienen en la escena final.

—¿Qué nacía él en Los Ángeles?

—Me protegía, según su opinión. La realidad era que me vigilaba. Sabía que yo debía volver aquí y quería que regresara sola. Y, créeme, mi pueblo se ha sentido muy aliviado al conocer la noticia de su muerte.

—Después de lo que he visto, no lo dudo. Era un hombre

terrible… ¿Fue él quien condenó a Faid y a los otros a morir inmovilizados?

—Sí, les suprimió el deseo de vivir, incluso el deseo instintivo que hay en toda persona, aun cuando desee la muerte. En cierto modo, era una forma de obligarme a regresar aquí.

—Pero tú volviste después a Los Ángeles… Incluso entregaste un mapa a Roberts…

Kheffis sonrió sibilinamente.

—Tenía que volver, tenía que conseguir que se realizase esta expedición —respondió—. Quizá muy pronto conozcas los motivos, Larry.

—Seré paciente —aseguró él—. Entonces, fuiste tú la que llevó el dibujo del collar de Kheferti… y el mapa, claro.

Ella asintió.

—Sí, desde luego.

—Kheffis… hay algo que deseo preguntarte. Quizá me consideres indiscreto… o pienses en una incorrección, pero tengo que hacerte esa pregunta, aun a riesgo de ofenderte. Tu piel es oscura, pero tus rasgos son muy regulares. Tienes, además, el pelo largo y casi liso y los ojos verdes. ¿Por qué?

—Atavismo, Larry.

—¿Atavismo? —repitió él.

—Claro. ¿O acaso te imaginas que el atavismo se da solamente en una familia de blancos, cuando, inesperadamente, les nace un niño con la piel oscura, sólo porque, cientos de años antes, tuvieron un antepasado de color? El atavismo, recuérdalo, es la aparición de rasgos y caracteres físicos supuestamente extinguidos.

—De todo lo cual debo suponer que eres descendiente directo de la reina Kheferti.

—Y de un hombre blanco que pasó por aquí hace más de cien años y, atraído por la belleza de una nativa, se estableció en el valle para siempre. Ambos están enterrados ya, por supuesto.

Capítulo XI

Sobrevino una corta pausa de silencio. De pronto, la cortina de la entrada se separó y un hombre apareció en el umbral.

—Oh, dispensen. —Exclamó Clem Wills—. No sabía que estuviera acompañado, Larry…

—¿Quería algo de mí, Clem? —preguntó Bray.

—Bueno, no, en realidad… —Wills fijó la vista en Kheffis y sonrió—. Me habría gustado dar un paseo con usted por el poblado…

Kheffis dio un paso hacia adelante.

—Yo le acompañaré, si no tiene inconveniente —dijo.

—¿Inconveniente? ¡Será maravilloso! —exclamó Wills, arrobado.

Kheffis echó a andar hacia la puerta y miró profundamente al hombre alto y desgarbado, cuyo rostro había adquirido una expresión muy distinta al verse junto a la hermosa africana.

—¿Vamos, Clem? —dijo ella dulcemente.

—Sí, lo que usted diga…

Kheffis se volvió un instante y dirigió una sonrisa de simpatía a Bray. El joven movió levemente la mano.

Stella entró en la estancia segundos después.

—He visto a Wills con Jane —exclamó—. Clem parece idiotizado… ¿Estará bajo sugestión hipnótica?

—Clem está bajo la sugestión que inevitablemente se desprende de toda mujer hermosa —contestó él riendo—. También merodeaba en tomo a Evelyn, me parece.

—Sí, pero ella ha cambiado ahora de actitud. Está en el lugar deseado y sólo ambiciona una cosa.

—El collar de Kheferti.

—Exactamente. Y, para conseguirlo, ha vuelto a aliarse con

Roberts. Larry, esa mujer me resulta horriblemente antipática.

—Evelyn no es de las que consiguen demasiadas simpatías. Puede parecer voluble e inconstante, pero cuando desea una cosa, no ceja hasta conseguirla.

—A cualquier precio.

—Probablemente.

Stella meditó un instante.

Luego dijo:

—Larry, has estado hablando con Jane. Te habrá contado muchas cosas…

Bray se echó a reír.

—No lo dudes —contestó—. Ven, te las contaré yo mientras damos un paseo.

Stella se dejó llevar por el joven. El contacto de la mano de Bray en su brazo le resultó muy agradable.

Durante largo rato, pasearon por la ciudad, sin que sus habitantes mostrasen una excesiva curiosidad hacia ellos. A Bray, sin embargo, le extrañó no ver a Roberts, Evelyn ni a los demás. El hecho empezó a causarle cierta preocupación.

De pronto, divisaron una especie de monumento funerario, situado en lo alto de un saliente rocoso que dominaba la ciudad. Había unos escalones tallados en la roca y ello les permitió alcanzar la cima de aquel pequeño promontorio sin la menor dificultad.

El monumento era muy sencillo; una columna en forma de pirámide truncada, con muy escasa inclinación en sus caras laterales. En el frontis había una inscripción, medio borrada con el paso de los tiempos, pero, a pesar de todo, perfectamente legible:

HENRY WILLS
KHEFFIDVA
1849

* * *

En el más profundo silencio, Ben Holt tocó con la mano a sus dos compañeros.

—Vamos, arriba —siseó—. Ya es la hora.

Ritchie y Cadogan se levantaron en el acto. Ninguno de ellos se había desvestido, ni siquiera descalzado. Tomaron sus armas y

salieron con absoluto sigilo de la estancia en que, de común acuerdo, habían decidido pernoctar.

Holt era portador de una pequeña linterna eléctrica, con la que alumbraba el camino. Cadogan llevaba en la mano izquierda una mochila vacía en aquellos momentos.

De pronto, se oyó un ruidito metálico. El rifle de Ritchie había tocado inadvertidamente contra la pared.

Cadogan lanzó una maldición. Holt gruñó malhumoradamente, tratando de imponer silencio a sus compinches. Ninguno de ellos se dio cuenta de que estaban a pocos pasos de una puerta.

Bray oyó los ruidos y se despertó en el acto. Sintiendo una vaga aprensión, se sentó en el borde de la cama y empezó a vestirse con gran rapidez. Cuando se asomó al pasillo, todavía alcanzó a ver al fondo el leve centelleo de la lámpara, que se agitaba con los movimientos de la mano de su portador.

Entrevió tres siluetas y se imaginó en el acto lo que podía ocurrir. Inmediatamente, corrió a la habitación vecina.

Stella se despertó sobresaltada, cubriéndose pudorosamente el pecho con una piel de leopardo.

—Corre, avisa a Kheffis —dijo Bray en voz baja.

Inmediatamente, dio media vuelta y se lanzó de nuevo al corredor excavado en la roca viva. Aquella residencia era enorme, el resultado de una fantástica tarea que tal vez había exigido cientos de años para su culminación.

Mientras, Holt y sus compinches habían llegado a una vasta sala, iluminada débilmente por el resplandor de una lámpara alimentada con grasa animal. Sobre un enorme estrado, se veía un desnudo de mujer, en cuyo pecho brillaba algo de enorme valor.

Pero los tres sujetos no querían cargar con un objeto que parecía muy pesado. A derecha e izquierda de la estatua de la diosa, había una especie de estantes, repletos de joyas de bárbaro diseño. Las piedras preciosas, en su mayoría sin tallar, abundaban igualmente.

Holt, Cadogan y Ritchie empezaron a llenar la mochila de joyas. También se echaron algunas en los bolsillos y hasta en el interior de la camisa.

—Vamos ya —dijo Holt, al terminar.

—Será mejor que dejen eso —sonó de pronto una voz.

Holt se volvió furioso. Vio a un hombre a poca distancia y, sin

pensárselo dos veces, sacó el revólver y disparó.

Bray cayó fulminado. Cadogan maldijo.

—Has hecho ruido…

—Ahora ya no tiene remedio. Y era preciso abrirse paso —contestó Holt, a la vez que se lanzaba como un loco en busca de la salida.

En el camino se cruzaron con dos personas.

—Esperen —dijo Roberts.

—Váyase al diablo —contestó Holt de mal talante.

—Oigan, ustedes acordaron conmigo…

Era Evelyn la que había hablado. Holt no la dejó continuar.

El revólver que empuñaba se apoyó en el estómago de la mujer.

—Quítese de en medio o tendrá un segundo agujero encimo del ombligo —masculló.

Evelyn saltó a un lado.

—¡Salvajes! —les apostrofó.

Cadogan se echó a reír.

—Gracias por el viaje y los pasajes gratuitos —dijo cínicamente —. Escribiremos postales.

Ritchie lanzó una risa burlona. Al quedarse solos, Roberts y Evelyn cambiaron una mirada.

—Bueno, se nos han anticipado —dijo ella, desatentadamente.

—Sin embargo, me parece que no se han llevado la pieza más importante —contestó Roberts—. Pero creo que nosotros deberíamos hacer lo mismo.

Evelyn vaciló.

—¿Solos? ¿Sin porteadores?

—Ya conocemos el camino de vuelta —alegó él—. Total, serán dos días de incomodidad. Al otro lado del río del Agua de Plata, hay gran cantidad de pertrechos. Y una vez que estemos allí, no tendremos tanta prisa en regresar. Además, es muy probable que encontremos porteadores al salir del país de los hwassi.

—Sí, tiene usted razón. ¡Vamos!

El disparo, en el silencio de la noche, había hecho un gran estruendo. Wills se despertó también y, recostado en su cama, escuchó durante unos momentos. Al cabo de un rato, oyó pasos rápidos y voces entrecortadas.

La curiosidad le picó. ¿En qué expedición se había alistado?

¿Eran arqueólogos? ¿O acaso formaba parte de una banda cuyos componentes no tenían que envidiar a los ladrones de tumbas del Egipto de los faraones?

Intrigado, pero también muy irritado, encendió la lámpara que le habían dejado en la banqueta y empezó a vestirse.

—Me van a oír —se dijo malhumoradamente. Las cosas que habían sucedido durante la expedición le habían molestado muchas veces, aunque, prudente, se había abstenido de protestar, por no crear más complicaciones. Pero ahora veía que la prudencia no había mejorado la situación, sino todo lo contrario.

Casi a tientas, buscó las gafas. Sin saber cómo, se le ocurrió pensar que tendría mejor aspecto si usara lentillas de contacto. Estaría más atractivo…, aunque a Evelyn le daría lo mismo. Claro que la fascinación que Evelyn le había producido en ocasiones había desaparecido.

Era una mujer egoísta, preocupada solamente de sí misma, orgullosa de su rostro, su cuerpo… pero, sobre todo, de sus riquezas y posición social. ¿Adónde iba él, un simple ayudante de profesor?

Lo mejor era olvidar a Evelyn. Y no le costaría mucho, concluyó sus reflexiones, al mismo tiempo que se ponía en pie, ya vestido.

Inmediatamente, se lanzó fuera de la habitación. Muy a lo lejos, oyó voces. ¿Era allí donde había sonado el disparo?

Evelyn y Roberts se hallaban en la sala del tesoro. En el primer momento, ella se sobresaltó enormemente al ver a Bray tendido en el suelo.

—Le han pegado un tiro —dijo.

Roberts se encogió de hombros.

—No lo alabo, pero tampoco puedo censurarlo —dijo cínicamente.

Evelyn se rehízo con rapidez. A fin de cuentas, pensó, Bray estaba muerto y ella ya no podía remediarlo.

Sus ojos se fijaron con avidez en la estatua de piedra volcánica, de líneas que resultaban sorprendentemente modernas. El collar estaba allí, cubriendo el torso de la diosa, pero era mucho mayor, más rico y lujoso de lo que el dibujo daba a entender. A decir verdad, casi parecía una coraza de oro y piedras preciosas, que incluso envolvía buena parte de la espalda y cuyo borde inferior llegaba hasta la cintura. Una joya semejante… ¡qué gozo poseerla…

e incluso lucirla en ocasiones solemnes!

Como alucinada, avanzó hacia la escalinata que conducía al pedestal donde se hallaba la estatua. Puso el pie en el primer peldaño y se detuvo un momento, tocándose con ambas manos la piel desnuda de su propia cintura. Kheffis le había prestado ropas y ahora vestía de una forma muy parecida a ella.

Lentamente, empezó a subir. Alcanzó la estatua y alzó las manos hacia el collar.

De pronto, oyó una voz:

—¡No lo toque!

Evelyn se volvió, furiosa.

—¡Cállese, estúpido! —gritó—. He gastado mi dinero en la expedición… ¿y quiere ahora decirme que siente remilgos?

Roberts subió corriendo la escalinata.

—Esta joya debe quedar aquí —jadeó—. No tenemos derecho a…

De súbito, Evelyn, enloquecida, por el deseo, le propinó un terrible empellón con ambas manos. Roberts, sorprendido, perdió el equilibrio y cavó hacia atrás. Su nuca chocó contra el afilado borde de uno de los peldaños.

CAPÍTULO XII

Clem Wills entraba en aquel instante y pudo escuchar el horrible ruido que hacía el hueso al quebrarse contra la dura roca del peldaño. Roberts perneo un poco, torció la boca grotescamente y se quedó quieto, la cabeza abajo y los pies en alto.

En el mismo instante, llegaban Stella y Kheffis.

Stella lanzó un agudo grito:

—¡Larry! ¡Está muerto!

Evelyn se volvió, ciega de ira.

—¡Déjenme, déjenme! —gritó.

Kheffis avanzó lentamente hacia ella.

—No toque el collar —dijo—. No lo toque o morirá.

Evelyn sonrió despectivamente.

—¿Empleará conmigo alguna de sus brujerías?

Stella había corrido hacia Bray. Inesperadamente, Bray se sentó en el suelo, frotándose el pecho.

—¡Larry! —gritó la muchacha, maravillada y sorprendida a un tiempo.

Bray no había recobrado del todo la consciencia.

—Diríase que me ha coceado una mula… —se quejó.

—Pero ¿qué te ha pasado? —preguntó Stella, arrodillada a su lado.

—Oí ruidos y vi a Holt y a los demás que se dirigían a este lugar… Venían con intención de saquear el tesoro, pero cuando traté de impedírselo, me pegaron un tiro…

Kheffis estaba ya en la plataforma superior.

—Deje el collar de Kheferti —insistió.

Los ojos de Evelyn parecían los de una demente. Barbotando frases ininteligibles, retrocedió unos pasos.

De pronto, su espalda chocó contra los estantes en los que aún

quedaban gran cantidad de joyas. Volvió la cabeza un instante. Al alcance de su mano había una daga de jade, con empuñadura de oro y piedras preciosas.

Todo sucedió en fracciones de segundo, ante los espantados ojos de los espectadores. Empuñando la daga, Evelyn saltó como una tigresa hacia adelante y golpeó con Codas sus fuerzas. Sorprendida por la inesperada acción, Kheffis no pudo evitar el ataque y cayó al suelo, con el pecho bañado en sangre.

Evelyn miró a los demás con expresión de triunfo.

—Nadie me impedirá llevarme el collar —exclamó.

Stella lanzó una exclamación de horror. Wills se precipitó hacia Kheffis y trató de restañar con un pañuelo la sangre que brotaba en abundancia de la herida abierta por el puñal. Kheffis tenía los ojos cerrados. Parecía hallarse al borde de la muerte.

Stella continuaba junto a Bray, quien no acababa de recobrarse, aunque podía ver y oír perfectamente lo que sucedía ante él. Evelyn movió el brazo y arrojó la daga a lo lejos. El jade se rompió en mil pedazos, con musical tintineo.

Entonces, Evelyn, de espaldas a los espectadores, se quitó los cuencos de tela que cubrían sus senos y los tiró al suelo. Bray aguardaba solamente a recobrar sus fuerzas. Ya le quitaría el collar, pensó.

Stella se movió. Bray extendió una mano.

—Quieta —murmuró.

Evelyn se acercó a la estatua, la rodeó un instante con sus brazos y desprendió los broches posteriores. El collar pasó a sus manos. Sin mirar a los demás, se lo puso de modo que cubriese por completo su torso desnudo. Luego sujetó por detrás los broches del cuello y de la espalda.

En el mismo instante, lanzó un horrible alarido.

Giró en redondo. Su rostro aparecía deformado por un espantoso sufrimiento.

Bray se puso en pie de un salto. El collar se había tornado incandescente, como una pieza de metal al rojo vivo. Evelyn chillaba enloquecidamente, abrasadas las carnes por aquella joya mortífera. El humo que se desprendía de su piel ardiendo se elevó a las alturas, junto con un repugnante hedor a carne quemada.

Pedía socorro, pero ninguno de los presentes se atrevía a

intervenir, fascinados morbosamente por la horripilante escena. De repente, toda la parte superior del cuerpo de Evelyn se inflamó, como si estuviese hecho de un material fácilmente combustible.

Los gritos continuaban saliendo de aquella masa en llamas. El pelo se encendió de golpe, ardió en breves segundos y luego sólo quedó una cabeza monda, horriblemente ennegrecida, de la que brotaban roncos sonidos de dolor.

Aquella espantosa figura dio unos cuantos pasos y acabó rodando por la escalinata. Al fin, quedó inmóvil, junto al cadáver de Roberts.

Wills reaccionó y alzó en brazos el inerte cuerpo de Kheffis.

—Aún vive —dijo—. Hemos de hacer todo lo posible por salvarla.

Bray asintió. Antes de salir, dirigió una mirada hacia la escalinata. Dos cuerpos yacían sobre sus peldaños de brillante piedra, pulida tal vez por el trabajo de incontables generaciones.

Dos cuerpos de otras tantas personas en quienes la avidez, la codicia y el egoísmo habían dominado a otros sentimientos mucho más nobles. ¿Era acaso el final que se merecían?

El que había sido hermoso y deseable cuerpo de una mujer todavía joven y dueña de una enorme riqueza, no era ya sino una irreconocible masa de carbón, en la que brillaba con extraños fulgores una joya que tal vez sólo su dueña legítima podría usar.

* * *

Dos días más tarde, Holt, Cadogan y Ritchie llegaron al borde del río del Agua de Plata. Sentíanse mortalmente cansados, pero también contentos porque habían obtenido la riqueza.

—Descansemos un poco —propuso Holt.

—¿Por qué no repartimos las joyas? —sugirió Cadogan.

—Es una buena idea —convino Ritchie.

Holt lanzó una risita.

—Tenemos que dar las gracias a la señora Vandbilt —dijo—. Fuimos unos buenos guardaespaldas, ¿no?

—Sobre todo, guardando las nuestras —rió Cadogan, a la vez que se quitaba la camisa, sobre la cual, convenientemente extendida, volcó luego el contenido de la mochila.

Ritchie se acuclilló y tomó un anillo, adornado con una piedra

del tamaño de una cereza.

—Maravilloso —dijo, alucinado por el valor de la joya.

Cadogan acarició con la mano una cadena de oro, en la que aparecían engastadas numerosas piedras preciosas. Fascinados por el tesoro, ninguno de los dos se dio cuenta de que Holt retrocedía un paso.

Un revólver salió lentamente de su funda. De pronto, sonó un estampido.

Ritchie se estremeció ligeramente y cayó de bruces sobre las joyas. Cadogan se volvió, lanzando un grito de rabia.

—¡Ben, maldito…!

El siguiente disparo le alcanzó en el centro del pecho. Cadogan lanzó un terrible juramento y, desesperadamente, trató de sacar su revólver, pero ya había perdido la iniciativa.

Algo chocó contra su frente con tremenda violencia. Extendió los brazos, giró poco a poco sobre sus talones y cavó de bruces al suelo.

Holt se echó a reír cínicamente. Enfundó el arma, agarró los pies de Ritchie y tiró de él a un lado, hasta apartarle de las joyas.

Algunas fueron arrastradas con el cadáver. Incluso estaban manchadas de sangre, pero a Holt no le importó en absoluto. Ni siquiera perdió tiempo en limpiarlas.

El tesoro volvió a la mochila. Holt comprobó la seguridad de las hebillas de la tapa y luego se sujetó la mochila a la espalda, procurando ajustarla en lo posible a su anatomía.

Movió la mano en un saludo burlón hacia los cadáveres.

—Gracias por vuestra cooperación, muchachos —se despidió.

Los muertos, naturalmente, no contestaron.

Holt echó a andar hacia el puente. Al otro lado había ropas, más armas, municiones y sobre todo, víveres. Todavía le quedaban largas y duras jomadas de viaje, pero, al final, estaba la riqueza.

Entró en el puente. Pisaba con cuidado, evitando mirar hacia abajo, hacia las aguas que parecían de plata. Ganó veinte metros, cincuenta… ¡y, de súbito, el puente se rompió!

Holt lanzó un horrible alarido al sentirse caer en el vacío. Volteó, perneando frenéticamente, pero, por fortuna para él, entró de pie en el agua, lo que amortiguó considerablemente la violencia del golpe. El río era muy profundo y apenas si rozó el fondo con los pies.

Estaba salvado, se dijo, mientras braceaba frenéticamente para ganar la superficie. Pero entonces se dio cuenta de que el peso de las joyas era un lastre espantoso. Treinta kilos de oro y piedras preciosas le mantenían literalmente pegado al fondo.

Perneó frenéticamente y lo único que consiguió fue quedar cabeza abajo, con los pies en alto. Tenía los ojos abiertos y, muy lejos, allá arriba, divisó el resplandor de la luz del día, que pasaba a través de la masa líquida.

Intentó quitarme la mochila, pero se sentía muy nervioso y sus dedos se movían con torpeza. Había asegurado las hebillas con demasiada fuerza, pensó.

El aire empezó a faltar en sus pulmones. De pronto, lleno de terror, se dio cuenta de que el agua había hinchado las correas de lona, con lo que cada vez le resultaba más difícil el trabajo de soltarlas.

Al cabo de unos momentos, dejó de moverse. La corriente del fondo le arrastró lentamente, pero va no sentía nada.

* * *

Bray se tocó el amuleto que todavía pendía de su pecho. En el centro se veía un hueco de forma semiesférica.

Stella sonrió.

—Kheffis tenía razón —dijo.

—Lo llevare siempre, mientras viva —prometió él, pensando en que, de no haber sido por la protección de aquel disco, habría seguido el mismo camino que tantos otros de los componentes de la expedición.

Estaban ante la puerta de una casa algo apartada de las restantes. Wills apareció de pronto en la entrada.

—Ella les llama —sonrió.

Bray miró al joven arqueólogo.

—De modo que se queda aquí —dijo.

Wills hizo un gesto de asentimiento.

—Alguna fuerza superior a la mía me trajo a este lugar, como hace más de un siglo trajo a un antepasado —contestó—. No soy supersticioso y sólo creo con muchas dificultades en lo sobrenatural, pero hay cosas que, indudablemente, están por encima de nosotros. Tal vez es el destino de las personas —añadió—. Pero, entren, por

favor…

Bray y la joven cruzaron la puerta. Tendida sobre un enorme lecho, cubierto de pieles de leopardo, estaba Kheffis, con el pecho vendado.

—Amigos —dijo, tendiéndoles las manos.

—Te repones con gran facilidad —sonrió Bray, sentándose en uno de los bordes del lecho.

—Tengo buena encarnadura… y el puñal entró menos de lo que se podía pensar a primera vista. Pronto estaré bien.

—No nos cabe la menor duda —dijo Stella.

—Wills se queda aquí —añadió el joven.

Kheffis sonrió maliciosamente.

—Habéis visto la tumba de su antepasado, supongo —dijo—. Fue el esposo de mi tatarabuela Kheffidva.

—Por lo visto, todas las descendientes de Kheferti usan en su nombre una raíz común —dijo Stella.

—Es la costumbre —explicó Kheffis.

—Wills es un buen chico. Será un mejor esposo —aseguró Bray.

—Apostaría algo a que
Djah'nu
estaba en contra de él —dijo Stella.

—Sí —confirmó la joven africana.

—Pero, entonces, ¿por qué permitir y alentar la expedición? —Quiso saber Bray—. Es como… romper el secreto de algo que ha permanecido ignorado durante siglos…

—Fue una especie de venganza de
Djah'nu,
por despecho —contesto Kheffis—. Me pretendía como esposa, pero yo no quería tener a un marido cuya mente pudiera dominar absolutamente la mía. Sus poderes eran enormes, hay que reconocerlo…, y yo quiero que los habitantes del valle sean libres, que no estén sujetos a una mente déspota y carente de piedad. Recordad aquellos cien porteadores, a los que él había convertido en esclavos absolutos de su cerebro.

—Sí, eso es cierto. Pero no pudo evitar que le metieran dos balas en el cuerpo.

—Nadie es infalible ni todopoderoso en este mundo. Aún la persona con mayores poderes puede tener un momento de descuido.

—Sí, y ese momento resultó fatal para
Djah'nu.
Pero, la incorporación de Wills a la expedición, ¿fue casual o deliberada?

Kheffis sonrió maliciosamente.

—Cuando
Djah'nu
desveló el secreto de este valle, yo ya no podía evitar la expedición —dijo—. Fue en el último momento, puede decirse, cuando conocí a Clem. El precio del mapa fue la incorporación de Clem a la expedición.

Bray meneó la cabeza.

—No se lo diré —murmuró.

—Lo sabe y se siente plenamente satisfecho —aseguró Kheffis.

De pronto, alargó la mano a un lado y saco una pequeña bolsita.

—Quiero haceros un obsequio —dijo—. Algunos de los nativos os acompañarán en el viaje de vuelta, hasta el límite de este país.

Stella contempló el contenido de la bolsita y se quedó sin aliento, había media docena de piedras preciosas, de brillo purísimo, sin la menor mácula.

—E… es demasiado… —balbució.

—Es lo que se merecen unos amigos —contestó Kheffis.

Wills entró en aquel instante y se sentó junto a la convaleciente.

—Bueno, ya saben la noticia —dijo—. Me quedo aquí, como mi bisabuelo.

Bray se puso en pie.

—Siempre resultará placentero recordar a dos buenos amigos —contestó.

Se tocó el disco de madera con los dedos.

—Lo llevaré mientras viva —añadió—. Nunca olvidaré que me salvó la vida.

—Para eso te lo di —respondió Kheffis.

Bray y Stella salieron fuera. Los ojos del joven fueron hacia lo alto, hacia un cielo azul, resplandeciente, sin ninguna nube.

—Stella tú quieres continuar tu carrera —dijo.

—Sí, pero eso no impedirá que pueda hacer otras cosas —sonrió ella.

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, guisar, coser, ir a la compra, cuidar de la casa y de los niños…

—¡Pero si no estás casada!

Stella lanzó una alegre carcajada.

—Si no pides mi mano, claro que seguiré soltera —contestó—. Pero en cuanto llegue a Los Ángeles, llamaré a un antiguo pretendiente…

—Olvídate de ese tipo. El único pretendiente a tu mano soy yo —declaró Bray con firme acento.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.